

BOLSILIBROS BRUCUERA



SERVICIO SECRETO

CHINATOWN-77

Albert Rosbund



SS

SERVICIO SECRETO



ALBERT ROSBUND

CHINATOWN 77

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.471
Publicación *semanal*



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 26.150 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1978

□ Albert Rosbund - 1978

texto

□ Rafael Cortella - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

360 - Le llaman Murderer.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

337 - La estrella y la fosa.

En Colección PUNTO ROJO:

836 - Hombre en la trampa.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.469 - Muerte bajo cero.

CAPÍTULO PRIMERO

Un maldito timbre rompió en mil pedazos la imagen de la fenomenal rubia que me dedicaba generosamente un *striptease*.

Bostecé, parpadeé varias veces y di un par de vueltas en la cama.

El maldito timbre volvió a sonar, ahora con mayor insistencia.

Abrí por fin los ojos y entonces caí en la cuenta de que se trataba del timbre de la puerta.

—¡Ya va! —grité.

Me puse en pie, después de deshacerme de la sábana en que me hallaba envuelto como una momia, y me acerqué a la ventana.

Corrí la persiana, pensando qué horas eran esas de despertar a un honrado trabajador de su sueño reparador. Un enorme chorro de luz por poco me deja ciego y me tumba de espaldas.

Lo menos era ya el mediodía.

Di unos pasos hacia la mesilla y tomé mi reloj de pulsera. En efecto, eran las doce y cuarto.

Me coloqué el reloj y fui hacia la puerta. Ya tenía una mano en el tirador cuando me acordé que iba desnudo. Retrocedí hasta mis ropas.

Sólo me dio tiempo a colocarme el *slip* y los pantalones porque el timbre hizo de nuevo de las suyas. Bien, si no le abría a aquel impaciente, era capaz de romperme los tímpanos.

Abrí por fin la puerta.

El fulano de dedo nervioso se me quedó mirando de arriba abajo. Yo iba descalzo, con el tórax al aire y una cara de sueño que daba lástima.

El tipo en cuestión era de estatura mediana y algo regordete. El cabello hacía tiempo que había hecho huelga en su cabeza y sus ojos eran tan claros como el día. Le calculé unos sesenta y pico años. Y además le adiviné un cierto aspecto enfermizo, más bien

como si estuviera en la convalecencia de una enfermedad.

—¿Glenn Travers? —preguntó con voz suave.

—Yo soy.

—¿Glenn Travers, el detective privado? —preguntó como si no se lo creyera.

Di una cabezada de asentimiento.

—Oh —dijo por decir algo, tan sorprendido estaba.

—¿Viene a ofrecerme trabajo?

—Pues...

—No lo dude, hombre. Pase.

Me adelanté a sus palabras con mucha vista porque ya lo olisqueé un poco arrepentido de haberse presentado allí. Yo no podía dejar escapar un cliente, estando como estaba sin blanca.

Le franqueé el paso y como él se mostró algo remiso, con una de mis zarpas lo tomé por un brazo y lo ayudé a cruzar el umbral.

Yo cerré la puerta y luego lo observé fruncir muy significativamente la nariz. El olor no era muy bueno y yo me había olvidado de abrir la ventana.

En fin, uno no tiene la culpa de ser un muerto de hambre y por ello tener que vivir en un apartamento compuesto por una cocinita, un cuartito de baño y una sala que es a la vez *living*, *dormitorio*, *despacho*, *comedor*, *biblioteca* y *todo lo que ustedes quieran*. *La vida aprieta, pero no ahoga; sólo ensucia.*

Corrí hacia la ventana y la abrí.

Le dediqué una sonrisa. Él me la devolvió forzosamente.

—Parece que le desperté, ¿eh? —comentó.

—Sí, es cierto.

—Tiene el sueño pesado, ¿eh?

—La noche fue agotadora.

—Mucho trabajo, ¿eh?

—No lo sabe usted bien.

—Chinatown es un barrio movidita, ¿eh?

—Más que una discoteca.

—Ja, ja.

Esta vez no hizo el famoso «¿eh?» y yo suspiré aliviado.

Con una mano le ofrecí una de mis dos butaquitas. Él tomó asiento. Yo lo hice en un borde de la cama y me dispuse a colocarme los calcetines.

—Usted dirá, señor...

—Connors. Slim Connors.

—Mi nombre ya lo sabe.

—Sí; Glenn Travers.

—¿Cómo supo de mí?

—Por el directorio.

—Ah, ¿pero aún figuro ahí?

—¿Se extraña?

—Hace tiempo que no pago la cuota.

Empecé a calzarme, mientras mi futuro cliente me miraba cada vez más sorprendido.

—Bueno, yo... —Se paró un instante y luego siguió—: Yo busqué un detective privado que viviera en Chinatown.

—Por eso está aquí.

—Pensé que un detective de Chinatown conocería bien el barrio y tendría buenos contactos.

—Usted vale más que Descartes.

Él frunció el ceño, como si no hubiera captado del todo la frase.

Me puse en pie y abrí la puerta del cuartito de baño.

—Siga hablando, señor Connors —le dije, al tiempo que orinaba.

—Necesito que me encuentre a dos hombres.

—Delo por hecha. ¿Cómo los quiere: rubios y altos o...?

—Usted se confunde.

—Perdone. Como el mundo anda tan disparatado, creí... —Tiré de la cadena—. Siga, señor Connors.

—Bueno, pues se trata de dos jóvenes chinos...

—Sí, el amarillo se lleva mucho últimamente —le comenté, mientras me lavaba las manos y luego me ablucionaba.

—El uno se llama Tao y el otro Wu.

—Los chinos han sido siempre comedidos hasta en los nombres.

Me sequé con una toalla y de nuevo reaparecí ante mi futuro cliente.

—¿Y eso es todo? —le pregunté mientras me peinaba con los dedos de mi mano derecha.

—Bueno... Ellos deben ser amigos.

—Ah, menos mal que me ha dicho eso. Gracias a ese ínfimo detalle solucionaré su caso.

—Se ríe usted de mí —se mostró el hombre sagaz.

—Oh, no es eso, señor Connors. Resulta que yo soy muy burlón. Para que vea que soy simpático y amable: ¿le apetece una tacita de café?

—Gracias.

—Eso está hecho.

Empujé otra puerta y me colé en la cocinita. Comencé a manipular con los cacharros y el hornillo.

—¿Ningún dato más, señor Connors? —le pregunté al observar que no decía nada.

—Ninguno más.

—¿Y para cuándo quiere a esos dos chinitos jóvenes amigos, que se llaman Tao y Wu?

—Para cuanto antes.

—¿Le parece bien el día del Juicio Final?

—De nuevo se burla de mí.

—¿Y qué quiere? —Me asomé por el hueco de la puerta—. ¿Cree usted que con lo que me ha dicho se pueden esperar resultados rápidos?

—Usted conoce el barrio y...

—Vamos, olvide eso. Todos los chinos son iguales y forman una especie de piña humana. En cuanto vean a un blanco meter las narices en sus cosas, situarán ante mí una gran muralla de silencio.

—Yo creía que...

—Usted debía proporcionarme más datos, señor Connors. Eso que me ha dicho es casi nada.

—A mí me parece bastante.

—Bueno, usted es el que va a pagar...

La cafetera pitó como una locomotora. Era un modelo antiguo, comprado en un mercadillo ambulante.

Desaparecí y al rato regresé con dos tazas de café que dejé sobre la mesa camilla. Volví a la cocina y de nuevo aparecí ante el señor Connors, ahora llevando un plato conteniendo galletas y pastas.

Entonces me acordé que aún seguía con el torso desnudo, así que abrí mi armario y escogí una camisa azul. Me la puse. Y ya era bastante, porque era verano y hacía un calor que derretía.

Nueva York, en la época canicular, es un enorme brasero implacable.

El señor Connors y yo nos dispusimos a despachar el café con

galletas y pastas.

—¿Le parece bien que hable de mi salario? —propuse.

—Sí, sí; claro.

—Muy bien —mastiqué una galleta—. Cobro veinticinco dólares diarios más los gastos.

Él no dijo nada, y yo continué:

—Y además una prima de cien dólares cuando encuentre a la pareja.

—Eh, eh, eh...

—¿Ocurre algo? ¿Está malo el café?

—Me refiero a su salario.

—¿Sí? Le parece poco, ¿verdad?

—Esa prima sólo se la pagaré si los encuentra antes de una semana, señor Travers.

—¡No, hombre...!

—Sí, señor. Porque si no usted se podría pasar toda la vida buscándolos y yo manteniéndole.

—No diga eso, señor Connors. Usted no me conoce.

—Por eso mismo.

Me eché otra galleta a la boca y la trituré con rabia.

—Yo le pareceré un tipo cínico, señor Connors, pero soy honrado. El cinismo lo adquirí cuando me di perfecta cuenta de la sociedad en que vivía, pero la honradez fue innata. Aunque yo le cobre veinticinco dólares diarios más los gastos, tenga por seguro que yo trabajaré al máximo y haré todo lo posible por terminar cuanto antes.

—De todas formas, señor Travers, ya ha oído mi contraoferta.

—Está bien —acepté—. Está muy feo que dos hombres discutan de dinero tomando café. Cobraré esa prima de cien dólares si los encuentro antes de una semana.

Slim Connors sonrió satisfecho.

Terminamos con el café, las galletas y las pastas. Menos mal que iba a tener dinero fresco y podría reponer las bajas.

—Supongo que al menos tendrá el detalle de darme un anticipo —dije.

—Bueno, sí.

Eché mano de su cartera y sacó un billetejo de cien dólares. Pasó a mi mano y yo lo palpé con cariño porque hacía tiempo que no

tenía uno.

—Por cuatro días. Los gastos ya me los pasará al final del trabajo.

—*Okay.*

—Ah —sacó también un papelito de su cartera—. Aquí tiene mi nombre, dirección y teléfono. Se lo he apuntado en este papel porque no tengo tarjetas de visita.

—Yo tampoco.

El papel se quedó sobre la mesa.

—¿Qué es usted, señor Connors? —le pregunté a continuación.

—En estos momentos, un hombre retirado. Vivo de una pequeña pensión y algunos dólares que me pasa mi hija.

—Ajá.

Se puso en pie.

—Creo que ya no tenemos nada más que hablar, señor Travers. Espero sus noticias.

Le acompañé hasta la puerta y allí nos despedimos.

Dos chinos jóvenes y amigos, llamados Tao y Wu, me esperaban. Pero no sabía dónde.

CAPÍTULO II

Me fui a almorzar al restaurante de Tsi, en Baxter Street, cerca de la City Prison.

Yo era conocido allí y por eso ningún camarero se acercó a mí.

Tuve que esperar a que apareciera el dueño. Mientras tanto fumé un cigarrillo.

El honorable Tsi, gordo y fofo como un globo mal hinchado, con su cara de ladino mandarín, vino hacia mí cuando yo ya apagaba el pitillo en el cenicero.

—Hola, señor Travers —me saludó con la reverencia que dedicaba a todos sus clientes.

—¿Qué hay, Tsi?

—Bien, bien. ¿Cómo usted por aquí?

—Tengo hambre.

—Oh, gran inconveniente.

—¿Verdad que sí?

El chino sacó sus manos de las anchas mangas de su vestido oriental. Me sonrió dulcemente.

—Usted ya sabe, señor Travers, que aquí no podemos servirle comida.

—Yo soy tu amigo, Tsi.

—Es cierto.

—En una ocasión te saqué de un grave apuro.

—También es cierto.

—Supongo que te acordarás de aquellos dos gorilas americanos empeñados en convertir tu linda y cuidada piel amarilla en morada, ¿eh?

—Claro que me acuerdo. El bondadoso Tsi no olvidar nunca los favores que le hacen.

—Así me gusta.

—Yo le dije que podría venir siempre que quisiera a comer a mi

restaurante. Le dije también que le cobraría unos precios de amigo.

—Exacto. Y una vez más estoy aquí, querido Tsi.

—Pero usted se aprovechó del magnánimo Tsi.

—No digas eso, hombre.

—Usted empezó a hacerle largas a mis cuentas, alegando que se encontraba en una mala temporada de trabajo...

—Tú ya sabes que mi trabajo es muy voluble. Hay meses locos y otros de pura pena.

—Usted ya lleva seis meses de pura pena.

—Mala pata que he tenido.

—Y su deuda asciende a cuarenta y dos dólares con cincuenta centavos.

—No lo he olvidado, Tsi.

—Yo tampoco, señor Travers. Por eso le ruego tenga la gentileza de buscar otro sitio para almorzar.

—¡Oh, vamos, Tsi...! —exclamé, sacando a relucir mi billete de cien dólares—. Eso no es problema. Puedes cobrarte desde ahora mismo.

El chino no se lo creyó de momento. Tomó el billete y lo miró y lo requetemiró.

—Es bueno, Tsi.

—Simplemente estoy comprobando que no le han engañado, señor Travers —se disculpó con esta mentira el chinito de su desconfianza—. Hay gente muy mala por ahí.

—¿Estás ya satisfecho?

—Parece bueno.

—¡Es bueno!

—Está bien, señor Travers. Daré orden para que le atiendan.

—Gracias, Tsi.

—Y yo me cobraré su deuda.

—Es lo justo.

Vino un camarero a una señal del dueño y yo le hice el pedido.

Al rato apareció Tsi con el cambio del billete de cien dólares.

—Aquí tiene, señor Travers.

—Estupendo.

Tomé el dinero y me lo guardé sin contarlo.

—Siéntate, Tsi.

—Ya almorcé, señor Travers.

—Sólo quiero hacerte unas preguntas.

—Ah, ya me extrañaba a mí que fuera a invitarme.

El chino tomó asiento. El camarero oriental me trajo entonces un plato típico de arroz, con los palillos incluidos. Yo soy un as manejándolos.

—¿De qué se trata? —me preguntó Tsi cuando yo comencé a atacar el plato.

—De dos chinos.

—¿Y qué más?

—Uno se llama Tao y el otro Wu.

—Conozco a muchos que se llaman así.

—Los dos son jóvenes y amigos.

—No sé...

—¿Ni siquiera puedes darme una pista?

—Pues...

—Dijiste que conocías a muchos chinos llamados así.

—Cierto. Pero no voy a darle la relación. Estaría feo que fuera molestando por ahí con sus preguntas a mis amigos y conocidos.

—Comprendo.

—Usted es un tipo poco fino y me estropearía muchas amistades.

—Ya, ya.

—Si quiere, si es verdad que tiene mucho interés en esos dos compatriotas míos, puedo yo preguntar...

—Hum. No estaría mal.

—¿Qué dice?

—¿Me harás ese favor, Tsi?

—Claro, señor Travers.

—Entonces esta noche volveré aquí a cenar. Tenme noticias frescas.

—Tal vez sea demasiado pronto.

—Tengo prisa.

—Haré lo posible.

El honorable Tsi se retiró de mi lado con una nueva reverencia y yo continué deglutiendo la comida china.

Una hora después me dejaba caer por el bar de Ritchie, un americano que se defendía cómo podía en el populoso y sucio barrio de Chinatown. Como un servidor.

El bar de Ritchie se encontraba en Doyers Street, pegando a

Bowery.

Allí acudían infinidad de chinos en busca de *whisky*, ginebra, ron y todas esas bebidas alcohólicas que los alejaba del genial Buda y los acercaba al infierno. Y es que el hombre, en su fuero interno, siente una especial predilección por todas aquellas cosas que lo aproximan a su propia realidad.

El bueno de Ritchie, un tipo que frecuentaba regularmente la otra acera se hallaba tras el mostrador atendiendo a sus escasos clientes.

Yo me encaramé a un taburete y llamé su atención. Ritchie se acercó a mi enseguida.

—Hola, tío tremendo —me saludó.

—Hola, ángel.

Él sonrió halagado. Pasó el paño por encima del mostrador y dijo:

—Imagino que no vendrás a gorronear...

—Llevo pasta —me adelanté a cualquier rollo que pudiera soltarme, pues ya había tenido bastante con lo de Tsi. Dejé quince dólares sobre el cinc del mostrador—. Con esto, cuentas saldadas.

—Aún hay otras que tú y yo tenemos pendientes —me dijo el muy pícaro, atrapando el dinero.

—Tendrás que esperar unos cuantos siglos, cariño.

—¡Oh...! —se desilusionó.

—Anda, ponme un *whisky*.

—¿Y nada más?

—Vamos, deja tus tonterías para otro.

Tomó una botella del anaquelel que había a sus espaldas y un vaso de debajo del mostrador. Me sirvió en silencio.

Le dejé alejarse para atender a otro cliente. Saboreé el *whisky*.

El agujero de Ritchie era un lugar pequeño y confortable. Luces indirectas, máquina tocadiscos casi siempre funcionando con la música del momento, buen olor y un par de chicas americanas de muy buen ver que hacían las delicias de los graciosos chinitos que allí acudían a beber y a tocar.

Terminé el *whisky* y volví a llamar al dueño.

—Otro —le dije cuando se acercó.

Escancié en el vaso.

—Busco a dos chinos jóvenes —dije entonces.

Ritchie dejó la botella sobre el mostrador y me miró con el ceño fruncido.

—¿A dos chinos jóvenes?

—Eso he dicho.

—¿Para qué? ¿No me tienes a mí?

—Estoy trabajando, Ritchie —dije armándome de infinita paciencia.

—Pero ¿tú sabes lo que es eso?

—Algún día me tenía que enterar. Bueno, a lo que iba. Busco a dos chinos jóvenes, que deben ser amigos. Uno se llama Tao y el otro Wu.

—Ajá.

—¿Qué sabes?

—¿Te refieres a amigos de... «amigos»?

—Me refiero a lo que se entiende normalmente por amistad entre dos hombres.

—Entonces, ¿para qué me preguntas a mí?

—Tú tienes un bar, ¿no? Por aquí viene mucha gente de color limón, tanto a beber como a tomarle las medidas a tus chicas...

—Esas zorras...

—Buen dinero te proporcionan.

—Si los hombres no estuvieran tan degenerados...

—¡No empecemos otra vez!

Ritchie se tironeó de una oreja.

—No sé qué decirte. Ahora, de momento, no me suenan esos nombres. Tao y Wu dijiste, ¿no?

—Sí.

—No, no los he oído.

—¿Querrás hacerme el favor de preguntar a tus conocidos, e incluso a tus... zorras?

—¿Y qué me darás a cambio? —me preguntó, adelantando su rostro hacia mí.

—Cinco dólares. ¿Okay?

—Trato hecho.

Ritchie, además de frecuentar la otra acera, también frecuentaba el Chase Manhattan Bank, el muy pillo.

—Aquí tienes tres dólares —le dije, colocando tres monedas sobre el mostrador—. Dos dólares y medio como adelanto, y

cincuenta centavos por los *whiskys*.

—Oye, buitire, ¿desde cuándo un *whisky* cuesta en mi bar un *quarter*^[1]?

—Desde que tú y yo somos amigos.

—¡Y un cuerno somos amigos!

—¿Ah, no?

Tomé el vasito y bebí de un trago el contenido. Chasqueé la lengua y comenté:

—Creo que me he ido. Con un par de *nikels* hubieras tenido bastante.

—¡Canalla! ¡Mal hombre!

—Nos veremos esta noche. Adiós, ángel.

Salí de allí y decidí ir a visitar a una amiguita con la que tenía pendiente unos *rounds*. *Ya había trabajado bastante por el momento, y además era justo que me desintoxicara, ¿no?*

CAPÍTULO III

María Elena Cayetana Margarita, una portorriqueña con más curvas que letras tenía su casi eterno nombre me lo advirtió al saltar de la cama:

—Quédate a pasar la noche conmigo y no te arrepentirás, Glenn.

Yo me hice el loco, me asecé, me vestí, le di un beso de despedida y me largué.

La noche ya se había adueñado de la ciudad y las farolas hacían lo que podían para iluminar las calles. El trasiego de coches aún era intenso.

Tomé un Metro de la BMT^[2] y me bajé en la parada de Canal Street.

Enseguida salí a Baxter Street y de nuevo me encontré en mi barrio.

El restaurante de Tsi apenas tenía clientela. Y era lógico, puesto que las diez de la noche ya no son horas de cenar.

Tomé posesión de una mesa y le dije al camarero que avisara a su patrón. Luego, le hice el pedido.

El honorable Tsi apareció al rato, trayéndome los platos.

—¿Qué noticias me tienes, Tsi? —le pregunté al momento.

—Negativo, señor Travers.

—¿Cómo que negativo?

—Entre mis amistades y conocidos no figuran dos amigos jóvenes llamados Wu y Tao.

—Pero a lo mejor alguna amistad tuya los conoce...

—Negativo, señor Travers —repitió, con su sonrisa de gordo mandarín.

—Está bien, Tsi. Gracias de todos modos.

—No hay de qué.

Yo me dispuse a comer.

Tsi carraspeó.

Alcé la vista del plato.

—¿Quieres decirme algo más?

—Tengo una pregunta, señor Travers.

—¿Cuál?

—¿Por qué busca a esos dos compatriotas míos?

—La respuesta es sencilla: por encargo de un cliente.

¿Satisfecho?

—¿Y por qué los busca él?

—Eso ya son dos preguntas, Tsi.

—¿No puede responderme?

—Eres muy curioso.

—Mi curiosidad es sana.

—Okay, Tsi. La verdad es que ni yo mismo lo sé. Así que, aunque quisiera, no podría decírtelo. Me han encargado buscar a esos dos chinos y a eso me dedico. No hay más.

—Gracias, señor Travers.

—Espero que no sepas más de lo que dices saber.

—¡Oh, no, señor Travers!

Le guiñé un ojo y le hice una señal de despedida con el tenedor.

Tsi se retiró de mi vista.

Acabé de comer, pagué la cuenta y salí de allí cuando ya los camareros se dedicaban a limpiar el local, porque yo era el último cliente.

Caminé por Baxter Street hasta el cruce con Park Street, bordeando el enorme parque que cubre toda una manzana. Ya no había muchas personas por las calles y casi todos los negocios y cuchitriles orientales habían cerrado. Sólo los rótulos con sus características letras hablaban de ellos.

Por Park Street llegué a Mott Street, y subí esta calle hacia arriba. Me crucé con un par de buscones sin éxito y algunos borrachos.

Al llegar al cruce con Pell Street, tomé esta calle, y al poco, a la derecha, estaba Doyers Street y el bar de Ritchie.

Entré, y aquello era otra cosa comparado con la tarde. La clientela se apretujaba en aquel pequeño recinto, entre murmullos, música estentórea y algún que otro berrido. Una espesa capa de humo envolvía el ambiente.

Aquella noche Ritchie se estaba poniendo las botas. O los

zapatos de tacón alto, quién sabe.

Las chicas de Ritchie no daban abasto en el rincón donde se concentraban las mesas y las sillas, porque aunque tenían muchas cosas, eran pocas para la cantidad de manos que se les echaban encima.

Entre un mar de sonrientes caras amarillas de ojos oblicuos conseguí abrirme paso para llegar al mostrador.

A Ritchie le ayudaba en su tarea de *barman un joven alto y espigado*.

Éste fue a atenderme, pero Ritchie, que lo vio, le dio un empujón para que fuera a atender a otros clientes.

—Hola, toro.

—¿Qué hay, encanto?

—Tengo ahora mucho trabajo, como verás. ¿Por qué no vienes luego, al cierre?

—Estoy muy cansado y quiero retirarme pronto.

—Por esta vez yo haré la parte brava.

—Corta, Ritchie. Y ve a lo que me interesa.

—Está bien. No hay nada.

—¿Nada?

—Eso he dicho.

Me quedé un tanto defraudado.

—¿Quieres un *whisky*?

—Doble, por favor.

Me sirvió con diligencia.

Bebí un sorbo.

—¿Ni siquiera has podido conseguir una breve pista?

—Nada de nada.

—¡Vaya chasco!

—Pero sí he observado una cosa.

—¿Qué? —pregunté con cierta esperanza.

—No sé, tío, pero me ha dado la impresión de que mucha gente respingaba de temor cuando yo le preguntaba por los dos chinos de marras.

—¿Temor?

—Sí.

—No entiendo por qué.

—¿Para qué los buscas?

Ritchie comenzaba a presentar la misma curiosidad que el honorable Tsi.

—Por encargo de un cliente. Y no me preguntes más, porque es todo lo que sé.

—*Okay.*

Bebí el resto del *whisky*. Le pagué.

—¿Quieres que siga preguntando?

—Hazlo, sí. Ya sabes que si me consigues algo te daré cinco dólares.

—Eso es muy poco. Y el trabajo no es tan sencillo. Me va a costar trabajo arrancarle algo a estos muñecos amarillos.

—De acuerdo. Te daré diez.

—Eso está mejor.

—Y quince si me tienes esa información mañana.

—Procuraré tenerla.

—Adiós, pimpollo.

Me alejé de la barra a codazos y al fin logré salir del local.

Al encontrarme en la calle respiré a pleno pulmón. ¡Qué diferencia de aire!

A mi izquierda tenía las luces atrayentes de Bowery, la gran avenida que une Third Avenue con James Place y que atraviesa el distrito del mismo nombre.

Fue por allí precisamente por dónde aparecieron los dos chinos de rostros feroces.

Cada uno de ellos empuñaba un reluciente cuchillo.

Ustedes ya saben que los chinos, siempre que atacan, necesitan berrear. Aquéllos cumplieron con la norma ancestral y por eso supe de qué iba la cosa.

Ambos se abalanzaron sobre mí, con los cuchillos por delante, gritando ininteligiblemente.

Doyers Street, una calle estrecha y más bien corta, se encontraba vacía y silenciosa como casi siempre a aquellas horas de la noche.

Esquivé a uno de ellos con una finta de cintura, al tiempo que le hacía la zancadilla. El chino tropezó, pero su agilidad de hombre de goma le salvó de dejar las facciones de su rostro en la calzada.

Al otro limón le hice frente cuando ya lanzaba un vertiginoso tajo hacía mi cuello, con el nada sano propósito de rebanármelo. Logré hacer presa en sus muñecas y por un instante nos quedamos

los dos mirando fijamente, haciendo fuerza con nuestros brazos.

El chinito fue más rápido que yo. Y además un cabrón.

Me atizó sin ningún miramiento un rodillazo en las ingles y yo salí despedido hacia atrás con un dolor de cien mil cristianos crucificados en la época de las persecuciones romanas.

Eso fue bueno para mí, y ahora explicaré por qué.

En el preciso momento que me fui hacia atrás, el otro chino, ya recuperado del batacazo, venía dispuesto a hurgarme el cuerpo con su cuchillo, mientras yo me entretenía con su compañero en una especie de pulso a dos manos.

Alejarme de él me salvó de la muerte, aunque en contrapartida me llevé una ración que no se la deseo a nadie. Bueno, a mi peor enemigo tal vez.

Los dos chinos gritaron al unísono y avanzaron de nuevo hacia mí.

No me dieron tiempo a ponerme en pie.

Como me encontraba de rodillas, me dejé caer hacia un lado y así la hoja de acero de uno de los limones sólo encontró el aire.

El otro cuchillo vino recto hacía mi corazón, al mismo tiempo que su dueño se dejaba caer sobre mí.

No se me ocurrió otra cosa que levantar fieramente mi pierna derecha.

Tuve suerte y la punta del zapato contactó con la fina barbilla del chino. Éste protestó con un rugido y se desequilibró, fallando el salto.

Logré ponerme en pie. ¡Y para entonces ya el otro venía una vez más hacia un servidor!

Le cogí por los brazos y dimos algo así como unos cuantos pasos de vals.

El otro chino ya lanzaba su cuchillo contra mi ancha humanidad.

Se equivocó demasiado tarde.

En ese instante tocaba girar.

La hoja de acero se incrustó entre los omoplatos de su compañero de traición y un horrendo chillido de muerte brotó de la garganta de este último.

Yo me aproveché de aquellos segundos de indecisión.

Mi puño derecho se estrelló contra sus fosas nasales, que se

convirtieron en impetuosos manantiales de sangre. Mi puño izquierdo le golpeó el hígado un par de veces lo menos, y si se puso histérico no lo noté. Boqueó como un retrasado mental y yo seguí implacable el castigo.

Al final se convirtió en un guiñapo sangrante y sin fuerzas, y se desplomó como un pesado fardo.

Jadeando, miré a los dos chinos caídos. El uno listo para la funeraria y el otro listo para el hospital. Un bonito panorama.

Pensando que el barrio estaba cada vez más imposible y que más me habría valido hacer caso de la linda portorriqueña, inicié el caminito hacia casa.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, por la mañana, me duché, desayuné y me dispuse a salir a la calle con la intención de preguntar por los dos chinos llamados Tao y Wu aquí y allá, en todos sitios. Algo conseguiría. Alguien sabría de ellos, aunque fuera poquita cosa.

Abrí la puerta de mi apartamento y entonces me di de cara con el bueno y angelical de Ritchie.

—¡Chico, sí que te has dado prisa! —exclamé, sorprendido de verle.

Él me hizo una mueca muy rara.

—¿Qué: me traes algo?

Ritchie se vino hacia adelante con los ojos un tanto desorbitados, y yo lo sujeté con mis brazos para evitar que midiera el suelo con su cuerpo.

Me mostró lo que me traía.

Un puñal de artística empuñadura clavado en la espalda.

—¡Ritchie, muchacho!

Entreabrió los labios y murmuró dificultosa y casi inaudiblemente unas palabras.

Yo acerqué una oreja a su boca.

—Uno de ellos... Tao... sobrino anticuario

Yat-sen...

Amigo W... no sé... Me cazaron cuan... cuando entraba... tu portal... Cuidado, tío... Yellow Power...

Y no dijo más porque se murió en ese preciso instante, en mis brazos.

Apenas noté la caliente y espesa sangre que impregnaba por momentos mis manos. Estaba anonadado. Jamás había pensado que mis pesquisas fueran a relacionarse con crímenes. Y menos que le fueran a costar la vida a un amigo, un amigo raro, pero un amigo al fin y al cabo.

Lo deposité lentamente sobre el suelo y me quedé mirándolo durante unos momentos, mientras perlitas de sangre goteaban de mis dedos.

Observé que en el corredor no había nadie, pero enseguida deseché la idea de desembarazarme de su cuerpo por dos razones: una porque había muerto en el empeño de ayudarme; otra porque iba a ser demasiado difícil.

Así pues, tendría que afrontar a la policía, hacia la cual no tenía ninguna simpatía.

Fui al lavabo y me enjuagué las manos. Luego llamé en la puerta de un vecino y le rogué que telefonara al Precinto del barrio, a la Sección de Homicidios, ya que No carecía de teléfono. Me lo habían cortado por falta de seriedad en el pago de los recibos.

Mientras esperaba la llegada de la «poli», no hice más que pensar en el nuevo giro que había tomado aquel asunto que en un principio parecía sencillo y corriente. Por un lado había perdido un amigo y por otro había ganado una pista.

No sabía qué era peor.

Barrymore, el teniente de la Brigada de Homicidios, era un tipo muy adecuado para el barrio que le había caído en suerte.

Era alto, corpulento, basto. Ojos astutos, labios finos y crueles, puños como mazas. Sagaz como un lince y venenoso como una cascabel.

Tenía tan sólo treinta y cinco años, pero aparentaba diez más. Buena parte de su cabello había ya encanecido y múltiples arrugas surcaban su rostro de fiera al acecho.

Barrymore y yo nos conocíamos de vista, de otras veces que había acudido al Precinto, pero por causas distintas. Yo tenía una estrecha relación con las Secciones de Robos, de Estupefacientes y del Vicio.

Ahora me encontraba en su despacho, una especie de jaula donde él rumiaba sus casos.

—Así que no sabe nada, ¿eh, Travers?

—En efecto, teniente. —Y le repetí lo que ya había contado un montón de veces—: Yo abrí la puerta de mi apartamento con la intención de salir a trabajar... y se cayó en mis brazos, muerto.

—¿No dijo nada?

—Ni pío.

—¿No vio a nadie?
—Ni a una rata.
—No hace falta que haga el gracioso.
—Sin humor no sé vivir.
—Guárdese para sus amiguitas.
—Okay, teniente.
—¿De qué conocía a Ritchie?
—De ir a su bar.
—¿Sólo de eso?
—Sí.
—¿Sabe que era un homosexual?
—Bueno, ¿y qué?
—Es sólo una pregunta.
—Ajá. Pues sí, lo sabía.
—¿Había tenido relaciones con él?
—No era mi tipo.
—¿Por qué frecuentaba su bar?
—Era un buen local. Además, había conseguido granjearme su amistad y gracias a eso muchas veces me fiaba.
—Cuando estaba en la mala, ¿no?
—Exacto. Usted ya sabe que este oficio es muy cambiante. Hay meses de mucho trabajo y otros en que si dedicas el tiempo libre a rascarte la nariz, al final acabas sin ella.
—¿Y ahora cómo estaba, Travers?
—¿A qué se refiere?
—¿En la mala o en la buena?
—Así, así.
—¿Qué quiere decir?
—Tengo un cliente y estoy trabajando.
—Muy bien. ¿Tiene algo que ver la muerte de Ritchie con su actual trabajo?
—Claro que no.
—¿Lo puedo tomar eso como una afirmación rotunda?
—Hombre...
—¿Qué dice?
—Sí. Puede hacerlo.
—Ahora dígame en qué está trabajando y yo le daré mi opinión personal.

Sonreí.

—Lo siento, teniente. No puedo decírselo. Secreto profesional.

—No sea usted así, Travers.

—Sólo me comporto como un honrado detective privado.

—A otro perro con ese hueso.

—Es la verdad, teniente.

—Le aconsejo que colabore con nosotros.

—Eso huele a amenaza.

—No, no. Sólo es un consejo —me mostró sus enormes dientes de lobo.

—Pues se lo agradezco, teniente, pero no puedo complacerle. Otro día conoceré su opinión personal.

—¡Le exijo que hable, Travers!

—Yo le digo que no, y eso basta.

—Si se pone chulo...

—Aquí ya me conocen, teniente. Pregunte a sus compañeros. Todo el mundo sabe que cuando me empeño en no hablar, no hay dios que lo consiga.

—Como descubra que ha estado obstruyendo el camino de la ley, Travers, caeré sobre usted con todo mi peso.

—¿Cuánto pesa, teniente?

—Noventa y cinco kilos —me respondió espontáneamente. Luego se mordió el labio inferior, fastidiado por haber caído en la pregunta.

—Entonces procuraré apartarme —dije yo.

—¡No juegue conmigo, Travers!

—Yo nunca juego con nadie. ¿Algo más, teniente?

—Sí.

—Hable.

—¿Qué hay del crimen de anoche?

—¿Crimen de anoche? —pregunté poniendo la cara más ingenua que ustedes hayan conocido.

—¡Sí!

—Pues no sé de qué infiernos habla. ¿Mataron a alguien anoche?

—¡Sí!

—¿A quién?

—A un chino. Se llamaba Feng y trabajaba en una lavandería.

—Tal vez algún cliente no estuvo de acuerdo con el lavado de su ropa y por eso lo apioló.

—¡Le dije que guardara sus chistes baratos para las amiguitas!

—¿Y qué quiere que le cuente?

—¿Conocía a ese chino?

—En absoluto.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Además, las ropas me las lavo yo mismo en casa.

—Muy bien. ¿Qué hizo usted anoche?

—Supongo que ya lo sabrá, teniente.

—Quiero oírlo de sus labios.

—No sabía que le gustara mi voz.

—¡Adelante! —Ladró.

—Está bien. Anoche estuve cenando en el restaurante de Tsi y después me pasé por el bar de Ritchie para tomar unas copas.

—¿Y luego?

—Me comporté como un buen chico. Me fui a mi casa y me acosté. Sin amiguitas.

—¿No tuvo ningún tropiezo?

—¿Nota usted alguna señal? —Alargué mi cuello para acercarle mi rostro.

—¡Deje de hacer el payaso!

—Okay, teniente.

El poli se tomó un respiro, humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Sabe, Travers...?

—Diga, diga.

—Anoche mataron a ese chino en Doyers Street, muy cerca del bar de Ritchie.

—Oh, vaya.

—Los que lo descubrieron confesaron haber visto también a otro chino, quejándose en el suelo, pero en cuanto ellos se acercaron, huyó de allí a trancas y barrancas.

—¡Ése sería el asesino!

—Eso pensamos al principio, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero ahora, con la muerte de Ritchie, la cosa no la veo tan clara.

—¿Por qué?

—A Ritchie lo mató un chino, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Hubo un par de testigos presenciales.

—No lo sabía.

—Ellos vieron como un chino le lanzaba el puñal a su amigo cuando éste iba a entrar en su edificio.

—¿No pudieron detenerlo?

—Parece ser que el chino se escabulló como una anguila. Además, la descripción que tenemos de él poco nos va a servir. Amarillo, coleta, ojos oblicuos, nariz breve, vestido *standard* oriental, pequeño de estatura...

—En fin, como todos —le ayudé a resumir.

—Así pues, un chino murió anoche de una cuchillada cerca del bar de Ritchie... y éste ha muerto esta mañana de una forma similar. Muy sospechoso, ¿no?

—Dada la mente calenturienta que ustedes tienen, teniente, sí, claro.

—Y otra cosa, Travers.

—¿Qué?

—¿Por qué fue a visitarle Ritchie?

—No lo sé —me encogí de hombros.

—Quedamos en que no eran «amigos».

—Sí.

—¿Entonces...?

—La misma pregunta me estoy haciendo yo desde que cayó muerto en mis brazos, teniente. ¿Por qué fue Ritchie a mi apartamento? Es una incógnita.

—¿No se llevaban nada entre manos?

—En absoluto. Sólo los *whiskys* que me tomaba en su bar.

—Pues a mí me da la sensación de que algo importante quería comunicarle.

—¿Por qué, teniente?

—Esa urgencia por llegar a su apartamento... A pesar de llevar el cuchillo clavado en la espalda, subió dos pisos por las escaleras.

—Sí, es muy extraño —reconocí.

—¿Seguro que no le dijo nada, Travers?

—Estaba muertecito cuando abrí la puerta, palabra.

—¿Y tampoco sabe por qué fue allí?

—Ni la más remota idea.

—Sería muy estúpido pensar que sencillamente iba «persiguiéndolo» a usted, ¿no le parece?

—En efecto, pero... ¡quién sabe! En este tipo de personas, por lo poco que sé, las reacciones son imprevisibles la mayoría de las veces.

—Eso lo desligaría a usted del asunto y tendríamos que ceñirnos únicamente a Ritchie.

—Sí, sí. Le aconsejo que haga eso, teniente. Conmigo no conseguirá nada, porque no tengo absolutamente nada que ver con este embrollo de crímenes.

—Me gustaría que fuera verdad.

—Los crímenes los dejo para su Brigada. Mi trabajo consiste en otras cosas.

—Está bien, Travers.

El teniente se puso en pie, en plan de despedida.

—Espero que no volvamos a cruzarnos... al menos en este asunto.

—¿Por qué? —Me puse yo también en pie.

—Eso sería malo para usted.

—Oh.

—Eso significaría que hoy me ha estado engañando.

—Líbreme el cielo de tal monstruosidad.

—Puede irse, Travers.

—Un momento, teniente.

—¿Qué hay?

—¿Puede prestarme un segundo su directorio? —lo señalé con un dedo. Se encontraba encima de un archivador.

—Por supuesto. Cójalo usted mismo.

—Resulta que el cliente que me ha contratado asegura que yo aún figuro en él —comencé a explicarle mientras me dirigía hacia el libraco—. Y yo no me lo creo. Hace tiempo que dejé de pagar y ni siquiera me han enviado el nuevo.

Tomé el directorio y no me preocupé de buscar mi nombre. Imaginé que Slim Connors tendría razón, dado que la burocracia casi siempre suele ir de culo.

Busqué el apellido

Yat-sen,
y enseguida lo encontré. «Yat-sen, Chen. Antigüedades. Mulberry
Street, 33».

Ése era mi próximo objetivo.

CAPÍTULO V

La tienda de antigüedades de Chen

Yat-sen

se encontraba justo enfrente del centro del gran parque del barrio.

Era un local pequeño en apariencia, pues apenas había escaparate y la puerta no ocupaba mucho.

Empujé la hoja de madera y al instante sonó una campanilla, anunciando mi visita.

Enseguida observé que el interior era mucho más grande de lo que había imaginado. Amplios mostradores, anaqueles y armarios llenaban el espacioso lugar, repletos de artísticas piezas. Los tapices colgaban de los muros y algunas esculturas se hallaban desparramadas por los huecos de la tienda.

El que atendía el negocio se hallaba con una joven pareja china —tenían el aspecto de ser unos recién casados—, con los cuales discutía acerca de una estatuilla. ¿Era de la dinastía Ming o no?

Me dirigió una rápida mirada por encima de la cabeza de la menuda chinita y al momento volvió a la discusión.

Yo empecé a curiosear por el local. Había toda clase de cerámicas, jades labrados, marfiles, porcelanas... Vasos, estatuillas, figuras de animales...

Me detuve ante un original vaso ritual en bronce que representaba a un feroz animal mitológico. Lo tomé en mis manos para curiosear mejor y entonces volvió a sonar la campanilla.

La joven pareja china se iba, y ella llevaba la mar de satisfecha un bultito envuelto en papel.

—¿Le gusta ese vaso, señor? —Sonó una voz a mis espaldas.

Giré sobre mis talones, con el vaso que había llamado mi atención todavía en las manos.

—Sí —asentí—. Es muy bonito.

—Y muy valioso —agregó el hombre, el chino que atendía el

negocio. Le calculé unos sesenta años, poseía una piel algo apergaminada y unos ojillos brillantes. Se cubría con el habitual traje chino, un poco llamativo por los abundantes dragones bordados en él.

—¿De verdad? —inquirí un poco burlón, pues siempre he pensado que en las tiendas de antigüedades se venden más falsificaciones que otra cosa.

—Es nada menos que de la época Shang, muchos siglos antes del comienzo de la era cristiana.

—Ya. Entonces seguro que no estará a mi alcance.

—¿Qué busca exactamente?

—En realidad, al dueño de este negocio —respondí dejando el vaso ritual en su sitio, entre un jarrón de porcelana y un pequeño buda de bronce.

—Yo soy, señor.

—¿Chen

Yat-sen?

—El mismo, señor.

Y me hizo una ceremoniosa inclinación de cabeza. Estos chinos son la leche.

—Yo me llamo Travers.

—Encantado, señor Travers. ¿Qué desea de este humilde anticuario?

—Creo que usted es el tío de un joven llamado Tao.

—Sí, señor.

—Ando buscando al muchacho. Pensé que usted podría indicarme dónde se halla.

—¿Por qué lo busca?

—Por recomendación de un amigo común. Asuntos personales, ya sabe.

—Lamento no poder ayudarle.

—¿Cómo? ¿No sabe dónde se encuentra?

—No. Hace unos días que no sé nada de él.

—Vaya contrariedad.

—Lo siento, señor Travers.

—Pues resulta que el asunto es urgente.

—Lamentable, lamentable. Tao es un muchacho muy inquieto. Lo mismo aparece que desaparece. Antes, cuando vivía su padre, mi

querido hermano, solía venir con mucha frecuencia por aquí. Ahora ya no.

—Comprendo. Pero al menos sabrá dónde vive, ¿no? —Oh, sí.

—¿Tiene inconveniente en facilitarme su dirección?

—¿No se la dijo ese amigo común? Creía que ya había estado allí y no lo había encontrado.

—Sinceramente, no me dio su dirección. Un error por su parte de mi amigo. Me aseguró que viniendo aquí lo hallaría fácilmente. En fin, si usted es tan amable de darme la dirección de Tao, me ahorraré un viaje. Mi amigo vive nada menos que en el Bronx.

—¿Y ese amigo suyo del Bronx, conoce a Tao?

—Pues... sí, sí.

Cada vez me estaba liando más. Las mentiras no traen más que follones, siempre lo digo.

—Qué extraño. Tao es un muchacho al que no gusta salir del barrio.

—Qué quiere que le diga, amigo Chen Yat-sen.

Como yo no conozco a Tao...

—Está bien. Tao vive en esta misma calle, en el número noventa y uno, cerca de Canal Street.

—Muchas gracias.

—De nada.

—Siempre que alguien me pregunte por un anticuario, le recomendaré a usted.

—Es muy amable.

Nos hicimos una mutua reverencia de despedida y entonces me acordé de otra cosa.

—Por cierto —le dije—, ¿sabe usted qué es el Yellow Power?

El chino se mostró imperturbable.

—No.

—¿Tal vez una organización parecida al Black Power?

—No lo sé.

—Está bien. Gracias por todo. Adiós, amigo.

—Adiós, señor.

Por fin salí de la tienda de antigüedades. El sonido de la campanilla quedó atrás.

Caminé Mulberry Street hacia arriba, enormemente pensativo y

preocupado.

Ahora ya estaba convencido de que lo ocurrido la noche anterior no había sido el atraco de unos salteadores callejeros. Eso y la muerte de Ritchie me demostraban que me había metido en un feo asunto, donde el peligro estaba al acecho y la piel valía menos que un centavo.

Crucé Bayara Street y seguí caminando hacia Canal.

Estuve tentado de telefonar a mi cliente, pidiéndole explicaciones, pero decidí dejarlo para más tarde, cuando ya supiera algo más concreto sobre uno de los chinitos buscados, el llamado Tao.

Por otro lado, me intrigaban las palabras últimas de Ritchie: «Yellow Power». ¿Se trataba de alguna clandestina organización china?

Me detuve frente al número noventa y uno de Mulberry Street.

Entré.

Una vieja y delgada mujer me salió al paso.

—¿Adónde va, señor?

—Busco a Tao.

—No está.

—¿No vive aquí?

—Sí, pero no está.

Mascullé una imprecación por lo bajo. Estaba teniendo la negra.

—¿Sabe cuándo lo podré encontrar aquí?

—Uuuuh, eso es muy difícil.

—¿Por qué?

—No tiene horas fijas.

—¿No duerme?

—Supongo que sí, pero muchas veces no lo hace en su piso. Al igual que su amigo.

—¿Ha dicho amigo?

—¿Por casualidad un tal Wu?

—Sí. Ya veo que los conoce, señor.

—Y ese tal Wu ¿tampoco está en el piso?

—Tampoco, señor.

—¿No sabe dónde podría localizarlos ahora?

La mujer se encogió de hombros.

—Yo sólo soy la portera. A mí no me dan explicaciones de sus

proyectos.

—¿Acaso no trabajan?

—Que yo sepa, no.

—Hum.

—Bueno, creo que hacen cosas sueltas de vez en cuando. Recogen un poco de dinero y ya tienen para vivir unas semanas.

—Entiendo.

—De todas formas, tal vez haya alguien que pueda informarle mejor acerca de Tao. Tao es el que usted realmente busca, ¿no?

—Sí, sí.

—Se trata de una mujer.

—¿Quién?

—Una de las chicas de *mistress* Chang. ¿Ha oído hablar de ella?

—¿De quién? ¿De la chica o de *mistress* Chang?

—De la última.

—Sí, creo que sí. Usted se refiere a la dueña de la sala de masajes de Mott Street.

—Exacto, señor.

—En todo el barrio es conocida esa sala de masajes.

—Pues bien: sé que últimamente Tao sale con una de esas chicas. Una tal Kwei.

—Kwei, ¿eh?

—Sí, señor. Creo que es una chica mitad y mitad.

—¿A qué se refiere? —Arqué una ceja.

—Quiero decir que es de padre americano y madre china.

—Ah, ya.

—Posiblemente ella sepa más de Tao. Yo, desde luego, desde hace un par de días no lo he visto. Ni tampoco a su amigo Wu.

—Okay, señora. Muchas gracias.

Le sonreí y emprendí la retirada.

De nuevo en Mulberry Street, decidí que era hora de llenar el buche.

La visita a la sala de masajes de *mistress* Chang podía quedar para más tarde.

Como no me encontraba muy lejos del restaurante de Tsi, encaminé mis pasos hacia allí. De paso le haría un par de preguntas al honorable Tsi.

En el restaurante se respiraba un gran ambiente. Aquel día Tsi

no se podría quejar. La clientela casi llenaba el local.

Ocupé una mesa del fondo y cuando vino un camarero le hice el pedido.

Mientras llegaban los platos, me entretuve en observar a la gente. Había más americanos que chinos. Y más turistas que neoyorkinos. No vi a Tsi por ningún lado. Pero no tenía prisa; ya aparecería.

Vinieron los platos y yo me dispuse a comer. De vez en cuando alzaba la vista para ver si localizaba al dueño del local.

Fue cuando saboreaba el exótico postre, que Tsi apareció junto a mí, casi como por arte de magia.

—¿Qué hay, señor Travers? —me preguntó—. ¿Cómo de nuevo por aquí?

—Ya sabes que me gusta la comida china, Tsi.

—Pero tan seguido...

—Espero que no me siente mal.

—¡Mi comida jamás ha indigestado a nadie! —exclamó, airado.

—Lo supongo.

—¿Has tenido ya suerte?

—¿De qué hablas?

—De esos dos chinos que buscaba ayer.

—Oh. Aún los sigo buscando.

—Ajá.

—¿Tú has sabido algo?

—Ya no he seguido preguntando. Ayer tarde hice todo lo que estaba en mis manos.

—Comprendo.

—En fin, le dejo terminar el postre tranquilamente. Buen provecho, señor Travers.

—Espera, Tsi.

El chino, envuelto en su caro ropaje de seda negra, permaneció quieto.

—¿Sí?

—Quiero hacerte una pregunta.

—Todas las que usted quiera, señor Travers.

—¿Sabes lo que es el Yellow Power?

El dueño del restaurante se mostró igual que el anticuario: imperturbable.

Y su respuesta fue idéntica:

—No.

—¿Ni siquiera has oído hablar superficialmente de él?

—No.

—¿Seguro que no sabes de qué se puede tratar?

—No.

—Respondes muy escuetamente, Tsi.

—¿Qué más quiere que le diga, señor Travers, si no sé nada?

—De acuerdo. Gracias. Gracias, Tsi.

—Lamento no haberle podido servir en las dos ocasiones en que ha recurrido a mí.

—Es igual. Ya me enteraré de lo que quiero saber por otro conducto.

—¿Va a seguir adelante?

—Hay un cliente que me paga, Tsi.

—El dinero es mal consejero.

—Los crímenes también, Tsi.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, déjalo. Hasta otra ocasión, Tsi.

—Buenas tardes, señor Travers.

El honorable Tsi se retiró, perdiéndose entre sus otros comensales.

Terminé de comer, batí palmas, acudió un camarero y le pagué la cuenta.

Salí a la calle.

Bien. Había llegado el momento de dejarme caer por la sala de masajes de *mistress* Chang e interrogar a la medio chinita Kwei.

Pero estaba equivocado.

No había dado ni dos pasos casi por Bayara Street, cuando un coche se detuvo junto al bordillo de la acera, a mi lado.

Me encontraba frente al gran parque del barrio.

Del coche bajó un hombre rápidamente, mientras otro, el conductor, permanecía en su sitio.

Reconocí enseguida al hombre que venía cara a mí. Era el teniente Barrymore.

Sonreí.

—¿Qué hay, teniente? —le pregunté cuando llegó a mi lado.

El poli me saludó con un feroz puñetazo al mentón, que me

tumbó de espaldas en el suelo.

—¡Oiga!, ¿a qué viene eso? —grité, llevándome una mano a la parte golpeada. Por fortuna no me lo había roto, pero el dolor era muy intenso.

El teniente Barrymore me apuntó con un dedo índice.

—¡Me engañó, Travers! —rugió.

Al decir estas palabras su rostro aún se hizo más fiero si cabe.

—Pero ¿qué dice? —exclamé, poniéndome en pie.

—¡Me engañó! —repitió.

—¿Qué yo le engañé? ¿Cómo es eso?

No le gustó nada mi cinismo y de nuevo levantó su puño derecho.

—¡Espere!

Se detuvo.

—Hablemos como personas —le rogué, después de soltar un suspiro al ver que no iba a seguir machacándome.

—¡Es usted un puerco, Travers, y juro que voy a conseguir que le retiren la licencia! —continuó bufando como una res enloquecida.

—¿Por qué? —pregunté ingenuamente.

—¡Me engañó! —dijo una vez más.

—Eso ya me lo ha dicho antes. Quisiera oír cosas nuevas.

—Le hemos apretado las clavijas a uno de los «amiguitos» de Ritchie. Un tipo alto y espigado que suele ayudarle a servir bebidas cuando tiene mucho trabajo. ¿Sabe de quién hablo?

—Creo que lo he visto alguna que otra vez por el bar —dije, un tanto intrigado por lo que se me podía venir encima.

—¡Ese tipo estaba en el bar la noche pasada, Travers!

—¿Sí?

—¿No lo recuerda?

—Ahora... en estos momentos... no —contesté, ¡pero claro que lo recordaba!

—Usted ya sabe cómo son esa clase de tipos: muy celosos. Al fulano, según nos ha contado, le sentó muy mal que Ritchie le desplazara cuando usted llegó a la barra, y aunque se alejó de ustedes, procuró hacerlo lo mínimo para poder escuchar de qué hablaban.

—Entiendo.

—¡Y se enteró de muchas cosas interesantes para mí! ¡Usted se llevaba algo con Ritchie! ¡Ritchie colaboraba con usted en la búsqueda de unos chinos, o algo por el estilo! ¡Usted le iba a pagar dinero por el trabajo! ¡Ahora tiene sentido por qué Ritchie acudió a su apartamento, Travers!

Forcé una sonrisa.

—¡Estoy esperando una explicación!

Me di un pequeño masaje en la zona dolorida.

—¡Le aseguro que tengo poca paciencia! —agregó.

Me humedecí el labio inferior con la punta de la lengua. Y dije lentamente:

—Lo siento, teniente Barrymore. No puedo decirle nada.

—¿Cómo que no? —bramó.

—Creo que se lo dije también en su despacho: secreto profesional.

—¡Me cago en su secreto profesional! ¡Hay un par de crímenes por medio!

—Bueno, haremos un trato. No quiero que piense que no deseo colaborar con la policía.

—¡No hay trato que valga!

—Hablaré con mi cliente, y si él me da permiso, le contaré lo poco que sé —le dije a pesar de que ya había rechazado la oferta.

No le convencí.

—¡Se va a venir con nosotros al Precinto, Travers! —chilló—. ¡Y cantará, ya lo creo que cantará!

Me agarró fieramente por un brazo, casi partiéndome el bíceps.

—¡Esto es un abuso de poder! —protesté.

—¡Vamos! —Tiró de mí.

Y de pronto, con gran sorpresa, observé un parpadeo violento en su rostro, acompañado de una leve crispación, y sus facciones se fueron dulcificando en una mueca de atontamiento, y la fuerza de su garra comenzó a ceder.

Al final se vino abajo ante mi estupor.

CAPÍTULO VI

—¡Teniente Barrymore! —Reaccioné, arrodillándome junto a él.

No me respondió. El conductor del coche ya venía hacia nosotros, con un revólver empuñado. Yo miré hacia todos lados.

—¡Allí! —Le indiqué un chino que en aquellos precisos momentos corría hacia el parque.

El policía salió disparado tras él.

Entonces me fijé en el pequeño dardito que tenía clavado el teniente Barrymore en el cuello.

Le tomé el pulso y enseguida me di cuenta que ya nada se podía hacer por él, porque estaba muerto.

Debía de tratarse, con toda seguridad, de un dardito envenenado, de rápido efecto. El chino lo habría lanzado con una cerbatana, pero... ¿contra quién?

¿Contra el teniente o contra mí?

Inmediatamente llegué a la conclusión de que contra un servidor. El teniente, al tirar de mí, se había interpuesto en la línea de tiro.

El asunto de Slim Connors se estaba poniendo al rojo vivo, y un montón de chinitos parecían dispuestos a cobrarse mi pellejo.

Aquello no me gustaba nada.

Me puse en pie y desparramé mi mirada por el grupito de personas que se había reunido allí, junto al cadáver del teniente y a mí.

El compañero de Barrymore volvió al rato, resoplando y con cara de fracaso.

—¡Se escapó por el maldito parque! —me explicó—. ¡Hijo de perra!

Retornó su revólver a la funda sobaquera y se agachó junto al cuerpo del teniente.

—Está muerto —dije concisamente.

—¡Dios! —exclamó.

—¡Mierda! —retruqué yo.

—Voy a llamar a la Brigada.

—Vaya, vaya.

Poco después aparecían por allí un coche oficial y una ambulancia.

Comenzaron los trámites de siempre, con la presencia del médico forense y del juez.

Yo hice un aparte con el sargento Falk, que era quien al parecer había sido designado por el capitán McNeil para hacerse cargo del caso.

El sargento Falk era un tipo grandote y simpático, con el cual no tuve ni para empezar.

—No me di cuenta de nada —le expliqué—. Fue visto y no visto. De repente se vino abajo.

—¿Fue un chino?

—Al menos un chino echó a correr, huyendo. Eso es significativo, ¿no...? El acompañante del teniente fue quien lo persiguió, pero sin éxito.

—Luego hablaré con el detective Brady.

—Pienso yo que debe haber sido un ajuste de cuentas, ¿no le parece?

—Sí, tal vez.

—El teniente Barrymore era un hombre muy impulsivo y poco amigable. También demasiado duro. Debía tener muchos enemigos en este barrio.

—Sí. Habrá que desempolvar muchos de sus anteriores casos.

—Le deseo suerte, sargento.

—Pero ¿por qué le buscaba a usted?

—Oh, bueno. Él estaba investigando actualmente el caso de Ritchie. ¿Lo conocía?

—¿El del bar de Doyers Street?

—El mismo. Murió asesinado a la puerta de mi apartamento, más o menos.

—Ya.

—El teniente me vio al pasar con el coche, cuando él y el detective Brady se dirigían hacia mi casa —le expliqué sin inventar un ápice, puesto que había tenido tiempo de informarme gracias al

detective Brady, mientras los dos esperábamos a todos los que ahora estaban pululando por allí—. Se detuvieron y el teniente bajó para charlar conmigo. Quería hacerme unas preguntas de rutina.

—Entiendo. Pero parece un poco extraño que supieran que iba a detenerse en este punto.

—No creo que lo supieran —sonreí—. Posiblemente le iban persiguiendo en otro automóvil, o en bicicleta, o vaya usted a saber. Vieron que se presentaba una buena ocasión para cargárselo, y lo hicieron.

—Sí, sí.

—Bueno, sargento, si desea algo más no tiene más que pasarme aviso.

—Así lo haré, Travers.

—Hasta luego.

Me alejé de aquel gentío pensando que, hasta que el sargento Falk se pusiera al corriente de todo aquel asunto, yo tendría unas cuantas horas por delante para hacer un par de cosas que tenía en mente. E incluso si empezaba a desempolvar los casos resueltos por el teniente Barrymore, como parecía ser su propósito, tal vez contara hasta con días.

Caminé hasta Mott Street, y luego tomé ésta hacia arriba, hacia Canal Street.

Justo enfrente del Buddhist Temple se encontraba la conocida sala de masajes de *mistress* Chang.

Un rótulo muy llamativo lo anunciaba en las dos lenguas, china e inglesa.

Algunos cartelitos, colocados a los lados de la puerta, mostraban a las masajistas. Todas ellas, casualmente, estaban cañón. Entré.

Una señora pequeña y gordita, envuelta en un sayón de seda rosada, atendía el mostrador.

La decoración del lugar era totalmente oriental. Paredes pintadas con motivos exóticos, lacas, faroles de papel, cortinas de seda...

La chinita gordinflona me sonrió dulcemente.

—¿Señor?

—¿Es usted *mistress* Chang?

—La misma, señor.

—Me alegra conocerla.

Ella soltó una breve risita. Nos quedamos mirando los dos, muy sonrientes.

—Supongo que el señor desea un masaje...

—Premio —le dije.

Ella volvió a reír.

—Son veinticinco dólares, señor.

—¡Veinticinco dólares! —exclamé, realmente alarmado. Se me iba a ir todo el dinero adelantado por mi cliente en un periquete.

—Ésta es la mejor casa de masajes, señor.

—No lo pongo en duda.

—Auténticos masajes orientales ofrecidos por las suaves manos de auténticas mujeres indígenas, expertas en este sabio arte —me soltó su rollo de propaganda. Yo apostaba cien contra uno a que a aquellas chicas las había sacado de los prostíbulos y apenas tenían zorra idea de lo que era dar un masaje.

Pero yo iba a lo mío.

—Muy bien. Estupendo, *mistress* Chang. Eso es precisamente lo que busco.

—Todo el mundo en Nueva York busca la casa de masajes de *mistress* Chang.

—Usted es la mar de conocida.

—Y también mis chicas.

—Oh, eso por supuesto.

—Entonces, ¿va a entrar?

—Ya estoy dentro —reí, y ella rió conmigo.

—Son veinticinco dólares —repitió con su dulce sonrisa de humilde sierva—. Por adelantado.

—Claro, claro.

—Es una norma de la casa. No se ofenda, señor.

—Yo ya no me ofendo por nada. Aquí tiene.

La gordita atrapó el dinero en un abrir y cerrar de ojos. Tenía mucho arte en eso de hacer desaparecer el dinero, vaya que sí.

—¿Tiene alguna predilección en especial, señor? —me preguntó muy amablemente.

Aquello me vino de perlas.

—Pues... sí.

—Diga, señor. Procuraré complacerle.

—He oído hablar de una de sus pupilas en especial.

—No me extraña. ¡Son tan dulces y cariñosas!

—Creo... creo recordar que me dijeron que se llamaba Kwei. Sí, Kwei. ¿Puede ser?

—¡Kwei! ¡Claro que sí! ¡Precisamente ahora está libre!

—¡Magnífico!

Mistress Chan hizo sonar tres veces un pequeño gong que tenía encima del mostrador, sobre un soporte de bronce.

—Según los golpes que doy, aparece una determinada chica —me explicó.

Yo me quedé mirando embobado hacia una cortina que acababa de ser corrida.

Allí estaba ella.

Kwei.

Veinticinco años convertidos en veinticinco mil curvas de carne prieta y aceitunada más que amarillenta. Pelo negro largo, ojos almendrados, facciones exóticas, casi exageradamente bellas, con un hociquito pulposo y tentador. Vestía un sucinto bikini negro, cuya pieza superior apenas podía con la pujanza de unos senos redondos y llenos. Poseía unas caderas de ánfora y unas piernas largas y bien torneadas.

Su figura altiva era prácticamente la de una mujer occidental, mientras que sus rasgos faciales correspondían puramente a una oriental. Así pues, se notaba en ella la mezcla de sangres.

—Él es un nuevo cliente, Kwei —me presentó *mistress* Chang—. Es la primera vez que viene, así que procura que salga totalmente satisfecho.

—Sí, señora —dijo con una suave voz, llena de musicalidad.

Avanzó hacia mí y tomó una de mis manos.

—Vamos —dijo.

Yo eché a andar como un autómatas.

CAPÍTULO VII

Hoy día no es ningún secreto que la mayor parte de las salas de masaje son burdeles disfrazados.

Aquella, por supuesto, no era ninguna excepción.

Normalmente, las casas estas de masajes se componen de varias salas, en cada una de ellas se atiende a varios clientes a la vez. La de *mistress* Chang no cumplía con la regla.

La hermosa chinita llamada Kwei y yo entramos en un pequeño cubículo para nosotros dos solos, donde había una única cama.

Kwei me ayudó a quitarme la ropa, y cuando estuve desnudo, me quedé esperando la toalla de rigor. No la hubo, claro está.

En cambio, sí hubo otra cosa.

La exquisita Kwei se desposeyó con una naturalidad subyugante de las dos minúsculas piezas que componían su bikini.

La boca se me quedó seca.

Y otro síntoma muy lógico y natural también se dio en mi cuerpo.

Estuve a punto de soltar un grito de guerra.

De un brinco me trasladé a la cama y ella se acercó dando unos pasos mareantes.

Entonces empezó el «masaje».

Primero fue ella, luego fui yo y al final terminamos los dos dándonos masaje mutuamente.

Pero lo bueno dura poco.

Tengo mucha experiencia en esta frase.

La puerta corrediza del cubículo cumplió con su misión. Es decir, se corrió.

Dos orientales entraron alocadamente, interrumpiendo la cosa.

Kwei se apartó de mí rápidamente.

Y yo me los vi venir con sus malditas dagas por delante, dispuestos a hacerme una cirugía plástica que no había solicitado.

Rodé por la cama y caí por el otro lado.

Uno de los chinos dio con sus huesos en la cama, besando las sábanas, e imagino que no le debió gustar nada el olor a sudor y cuerpos.

El otro fue más listo y dio un ágil salto por encima de la cama.

Una especie de salto del ángel.

Me encontró en su camino y yo le serví de colchoneta. Su daga rozó peligrosamente mi cuero cabelludo y noté un vivo escozor.

Mascullé un taco y le estrellé un puño en el ojo derecho.

Se irguió y entonces yo pude ver mejor su mano armada. Le cacé la muñeca y se la retorcí como si fuera un espárrago.

Creo que su grito se oyó en San Francisco. Y un escalofriante ruido de huesecitos rotos se confundió con éste.

La daga escapó de sus dedos, pero el muy cabrito no se dio por vencido. Quiso cogerla con la otra mano.

Yo fui más rápido.

Atrapé la daga y me revolví para amenazarle con ella.

En ese preciso instante él venía hacia mí y su pecho se encontró con ella.

Un borbotón de sangre brotó de él y corrió por mi brazo armado.

Solté la daga, que quedó clavada en su pecho, y me aparté de él.

Me puse en pie, intrigado por el otro chino.

Rápidamente comprendí.

El compañero del que luchaba conmigo yacía a los pies de la hermosa Kwei.

Me agaché junto a él, y antes de que yo comprobara que estaba muerto, ella me explicó:

—Un golpe de karate. Está desnucado.

La miré con respeto y admiración. Menos mal que conmigo había empleado otras artes.

—Gracias —le dije.

Ella me sonrió.

—¿Por qué lo has hecho, Kwei?

—No está bien molestar a los clientes —fue su sencilla y escueta respuesta.

Me acerqué a la cama y tomé una sábana. Con ella me limpié la sangre del brazo.

En ese instante apareció por el hueco de la puerta la dueña de la casa de masajes.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó. Y al verme desnudo, agregó—: ¡Ooooh!

—Ahora hablaremos, *mistress* Chang —le dije, y ella dio media vuelta y desapareció.

Yo procedí a vestirme.

Kwei se acercó a mí.

—Estás herido —comentó, observando con la ayuda de sus largos y suaves dedos la pequeña herida que tenía por encima de la oreja izquierda.

—No es nada —quité importancia.

—Al menos convendría desinfectarla —sugirió ella.

—Bueno...

Ella salió del cubículo y yo acabé de vestirme.

Me dirigí hacia el vestíbulo del local, y el camino lo recorrí acompañado de varias chicas orientales y hombres blancos. Algunos de estos últimos iban aún anudándose la corbata o ajustándose el cinturón del pantalón. Aquello era una desbandada.

—Como voy a tener que telefonear a la policía para comunicarle el suceso, antes he avisado a mis clientes —me explicó *mistress* Chang—. No quisiera que ninguno tuviera problemas.

—Entiendo —sonreí, viendo cómo aquellos hombres, la mayoría de ellos tal vez casados, huían de allí como alma que lleva el diablo.

Kwei apareció entonces, trayendo un botecito de alcohol y una torunda de algodón.

Me desinfectó la herida mientras *mistress* Chang telefoneaba a la policía.

—Oye, Kwei, quisiera preguntarte algo —le dije.

—¿Sí?

—Tú tienes un amigo llamado Tao, ¿verdad?

Noté una ligera crispación en la mano que curaba mi herida.

—¿Sí o no? —insistí al ver que no respondía.

—Aún no me has dicho tu nombre —fue su contestación.

—Glenn.

—¿Sólo eso?

—¿Para qué quieres saber más?

—¿Y tú por qué preguntas sobre Tao?

—Lo busco porque le debe un puñado de dólares a un amigo

mío. Él se encuentra enfermo, postrado en cama, sin poder moverse. Me ha rogado que yo le cobrara esa deuda, ya que le urge el dinero para medicinas y demás. Está muy mal, ¿sabes, Kwei? Posiblemente no salga de ésta. Pobre Charlie.

—¿Así se llama tu amigo?

—Sí.

—¿Y es amigo de Tao?

—Al menos conocido.

—Ya.

—¿Qué sabes de Tao? —Volví a la carga.

—¿Y tú cómo has sabido de mí?

—Bueno, me presenté en casa de Tao y resulta que por allí no aparece desde hace unas fechas, según me contó la portera. También me dijo ella que tú frecuentabas su compañía últimamente.

—Qué lengua más larga tiene la señora Lin.

—La conoces, ¿eh?

—Viene aquí a hacer la limpieza.

—Ajá.

—Y alguna vez nos ha visto a Tao y a mi reunimos en la puerta, a la salida de mi trabajo... que es la entrada del suyo.

—Eso está muy claro, querida. Yo lo que quiero saber es otra cosa.

—Dónde está Tao, ¿no es eso?

—Exacto.

—Pues no lo sé.

—Oh, no me mientas.

—Hace varios días que no sé nada de él.

—¿Cómo me voy a creer eso, nena? Teniendo una amiguita tan hermosa como tú, es imposible que se pase varios días sin verte.

—Pues así es.

—¿No me puedes ayudar?

—No.

—Está bien —acepté de mala gana.

Ella dejó de aplicarme la torunda de algodón impregnada en alcohol.

Mistress Chang regresó de llamar por teléfono.

—La policía vendrá en un instante —dijo.

—¿Cómo ocurrió, *mistress* Chang? —le pregunté.

—¿Qué? —Arqueó una de sus depiladas cejas.

—¿Por qué dejó entrar a esos dos chinos?

—Me amenazaron.

—¿Sólo por eso?

—¿No le parece bastante?

—Pero ellos la dejaron para ir adónde yo me encontraba, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no llamó entonces a la policía?

—Ya se lo he dicho: me amenazaron.

—No lo entiendo.

—Me dijeron que si no les decía dónde estaba usted, me rajaban con sus dagas.

—Y usted cantó como un lorito.

—Qué remedio.

—Ajá.

—Y luego agregaron que si avisaba a la policía mientras hacían el «trabajo», cualquier mañana me encontraría el negocio destrozado y mi vida valdría muy poco.

—Entonces usted se estuvo quietecita, esperando que me rebanaran el pescuezo.

—Lo siento, señor.

—Siéntalo más por ellos.

—¿Puedo preguntarle por qué querían matarlo, señor?

—Ya lo ha hecho —sonreí yo.

—¿Y qué me responde?

—Que no lo sé.

—¿Seguro? —inquirió Kwei junto a mí.

La miré fijamente.

—¿Dudas de mi palabra?

—Tienes pinta de ser uno de eso tipos que siempre andan metidos en jaleos. Una especie de aventurero loco.

Hice una mueca.

—Bueno, me voy —cortó la conversación por lo sano.

—¡Eh, señor...! —me llamó la atención *mistress* Chang—. ¡No se puede ir!

—¿Por qué no?

—La policía va a venir y querrá interrogarle.

—Me parece muy bien. Que me busquen. Para algo se les paga, ¿no?

Di media vuelta y salí de allí sin que nadie me lo impidiera.

CAPÍTULO VIII

Caminé hacia la boca de Metro de Canal Street, y en la primera cabina telefónica que me crucé, me detuve.

Empujé la puerta y, una vez dentro, saqué el papelito que me entregara mi cliente.

Introduje una moneda por la ranura del aparato y marqué el número.

Al instante descolgaron al otro lado del hilo telefónico.

—¿Slim Connors? —inquirí.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Glenn Travers.

—¿El detective?

—El mismo, sí.

—¿Qué noticias me tiene, señor Travers?

—Sólo una y muy desagradable.

—¿Cuál? —Noté un ligero temblor en su voz.

—Desde que comencé a hacer preguntas acerca de los dos chinitos que a usted le interesan... una pandilla de orientales anda tras de mí queriéndose cobrar mi valioso pellejo.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído, infiernos.

Mi cliente se quedó mudo.

—Y yo no entiendo nada —agregué—. Por eso le he llamado. Quería saber si estaba en casa. Voy para allá y hablaremos cara a cara. Esto debe tener una explicación, ¿no le parece, señor Connors?

De nuevo silencio.

—¿Me escucha, señor Connors?

—¡Oh! sí... Sí...

—Bien. Vaya preparando la historia. Estaré ahí dentro de un rato.

—¡Señor Travers!

—¿Sí?

—¿No le es igual que quedemos dentro de unas horas?

—No. Cuanto antes aclaremos esto, mejor.

—¡Óigame!

—Diga.

—No se presente en mi casa.

—Está bien. ¿Dónde, entonces?

—En la Postal Office cercana a mi casa. Está a dos manzanas. En el cruce con la Ninth Avenue.

—De acuerdo.

Colgué.

Con el Metro llegué hasta el cruce de West 14th Street y Eight Avenue después de hacer un transbordo en Union Square.

Anduve hasta la West 15th Street, que era donde vivía Slim Connors.

Doblé a la izquierda y enseguida di con la Oficina de Correos.

Slim Connors ya estaba allí. Se le notaba nervioso, intranquilo.

Nos saludamos y estrechamos la diestra.

—¿Qué hay, señor Travers?

—Creo que usted no me lo contó todo —fui al grano. Comenzamos a caminar Ninth Avenue hacia arriba, hacia Chelsea.

—Yo... yo...

—Usted ocultó cosas, señor Connors.

—¿Por qué dice eso?

—Ya se lo adelanté por teléfono: un grupo de chinitos pulula por ahí dispuesto a eliminarme del censo de los vivos.

—¡No puede ser!

—¡Vaya que lo es!

—Debe estar equivocado.

—¿Equivocado? ¡Ni hablar, señor Connors!

—¿CÓ... cómo fue?

—En la primera ocasión creí que se trataba de un asalto callejero, de esos que tanto abundan en Chinatown. En la segunda ocasión murió un teniente de policía que se cruzó en la trayectoria de un dardito envenenado que llevaba mi nombre. Y en la tercera ocasión, recibí la ayuda de un experto en karate. ¡Tres intentos de asesinato contra mi persona!

—¡Es... es asombroso!

—Más asombrado estoy yo. Y, ¡ah! no hay que olvidar la muerte de un amigo mío que por encargo preguntaba también por los dos chinos de marras. Le clavarón un puñal entre los omoplatos.

Observé que Slim Connors había palidecido terriblemente. No se atrevía ni a mirarme.

—Yo... yo no podía imaginar que... que esto fuera a... traer tanta sangre...

—¿De qué va realmente el asunto, señor Connors?

Mi cliente no dijo nada. Continuó con la mirada clavada en el suelo que pisaba.

—Dígame todo lo que sepa —insistí—. Es desagradable morir sin saber por qué.

—No... no puedo decirle nada más —habló al fin.

—¿Cuál es la razón?

—Puedo verme seriamente comprometido.

—¡Mi vida es la que está seriamente comprometida! —estallé, enfadado—. ¡Y quiero saber por qué!

—Lo siento, señor Travers —dijo, dignándose por fin a mirarme.

—¿Qué teme, señor Connors?

—Mire, déjelo.

—¿Qué deje qué?

—El caso que le encargué.

—Ajá.

—Le di cien dólares adelantados. Ahora le pagaré los gastos que haya tenido y todo arreglado.

—Muy bonito.

—¿Cuánto le debo, señor Travers?

—Pero ¿se cree usted que esto termina así? ¡No, señor!

—Yo soy el que paga, y el que paga, manda.

—Esa frase es buena, pero atienda a ésta: yo soy el que se juega la vida, y al que se juega la vida no se le puede tratar como a un muñeco de trapo. Se le utiliza un tiempo y luego se tira.

—Ya le dije que lo siento, señor Travers.

—Eso no me basta.

—Me equivoqué.

—¿En qué se equivocó?

—No enfoqué bien el asunto. Eso es todo.

—¿Y de qué va el asunto?

—Olvidelo.

—Es algo fuera de la ley, ¿verdad?

Eché mano de su cartera.

—Dígame lo que le debo y terminemos de una vez.

—Nones, señor Connors.

—Tengo prisa.

—Yo también.

—Mi hija me espera en casa.

—Por eso no quiso que apareciera por ahí, ¿eh?

—No le entiendo.

—Su hija no debe estar enterada de sus extraños asuntos, y usted quiere que siga así.

Ahora enrojeció.

—Di en la diana, ¿verdad?

—¿Cuánto quiere por olvidar todo esto?

—Mi trabajo no consiste en olvidar, señor Connors.

—Por favor, señor Travers, no me haga las cosas difíciles.

—Las está haciendo usted.

—¡En qué maldita hora se me ocurrió contratarle!

—Y en qué maldita hora se me ocurrió aceptar su caso.

—¡No quiero que siga con la investigación!

—Esa investigación ha costado la vida de un amigo y de un teniente de policía, así como la de varios chinos que quisieron matarme.

Se mesó los cabellos, nervioso. En la otra mano le temblaba la cartera.

—He mentido a la policía por usted —añadió—. Le he protegido. ¿Sabe lo que ocurrirá cuando lleguen hasta usted?

Comenzó a sudar.

—Yo tendré que hablar un día u otro. El sargento Falk, que lleva el caso, tarde o temprano llegará a la conclusión de que yo soy una pieza clave. Y entonces no tendré más remedio que decir lo que sé. Su nombre saldrá a la luz pública... ¿No lo comprende, señor Connors? Me he jugado la piel por usted, le he protegido como todo buen profesional debe hacer con su cliente... ¿Por qué no confía en mí? Tal vez yo pueda ayudarle más y mejor si me dice todo lo que sabe.

—No... ¡No puede ser!

—Es usted tozudo —resoplé, fastidiado.

—Me encuentro en un serio aprieto.

—Yo quiero ayudarle.

—Difícilmente lo podría hacer.

—Le podría aconsejar.

—Oh, Dios... En qué lío me he metido... —exclamó para sí mismo—. Nunca pensé que esto pudiera traer tanta muerte y... y menos que hubiera más gente complicada...

—Explíquese mejor.

—No, señor Travers. Le daré lo que me pida y usted se olvidará del caso. Estoy seguro que ya no volverán a molestarle.

—Eso es una apreciación suya. No sé si los chinos pensarán igual.

—Realmente usted no sabe nada.

—¡Pero han querido matarme en tres ocasiones!

—Porque preguntaba acerca de Tao y Wu. En cuanto deje de hacerlo, ya no le acosarán.

—¿Usted sabe lo que es el Yellow Power? —le pregunté de improviso, ya que de esta forma acudieron a mi mente las misteriosas palabras de Ritchie.

—¿Yellow Power? No, no...

—¿Está seguro?

—Sí.

Me pareció sincero.

—¿Tiene algo que ver con esto?

—Me temo que sí.

—¿Una organización similar al Black Power?

—Posiblemente.

—Entonces... —Achicó los ojos—, entonces Tao y Wu no sería de extrañar que pertenecieran a esa organización y... y que los chicos que han querido matarle sean miembros de ella...

—¿Adónde va a parar?

—Ahora comprendo.

—Pero yo no.

—Ciertamente, nuestras vidas valen bien poco si hemos inquietado a una fuerte organización criminal...

Sus palabras resultaron proféticas.

De pronto, la muerte nos vino de cara.

La Ninth Avenue es una avenida que no se puede comparar con la Eight o la Fourth. Es más estrecha y los vehículos circulan en un solo sentido.

Nosotros caminábamos hacia Chelsea Park y por eso íbamos cara a los vehículos.

Y todo ocurrió un poco antes de llegar al cruce con la West 22nd Street.

Un coche de los que venían hacia nosotros aceleró su velocidad y se puso a repartir plomo en plena avenida.

—¡Cuidado! —aullé.

Yo me lancé detrás de un sedán negro aparcado junto al bordillo de la acera, cuando ya sonaba el trágico tableteo de la ametralladora.

Apenas duró cinco segundos.

El auto de la muerte se perdió Ninth Avenue hacia abajo, camino de Greenwich Street.

Me puse en pie con cierto temblor de piernas y el horror aún metido en el cuerpo.

La gente chillaba histéricamente, reclamando la presencia de la policía.

Los cristales de un escaparate habían sido hechos pedazos, la pared había quedado marcada con la huella de las balas, un hombre se sujetaba un brazo sangrante, una niña lloraba desconsoladamente... y tres cuerpos yacían inmóviles en la acera.

Algunas personas, las menos impresionables, se acercaron a los caídos.

Enseguida leí en sus rostros la decepción. Todos estaban muertos.

Y uno de ellos era Slim Connors.

Mi cliente no había tenido los suficientes reflejos y el plomo se lo había llevado por delante, al igual que a dos peatones.

De la tienda del escaparate destrozado sacaron entonces a un joven dependiente con la cabeza chorreando sangre a causa de una bala perdida.

Maldije para mis adentros a los chinos.

Porque estaba seguro que esto había sido obra de ellos. Con toda seguridad me habían seguido sin que yo me diera cuenta y uno de ellos había pasado aviso para que viniera el auto de la muerte.

Me alejé de allí, mientras a lo lejos se escuchaba ya el ulular de las sirenas de los coches policíacos y de las ambulancias.

CAPÍTULO IX

Cuando llegué a la casa había perdido el apetito. Así que, sin cenar, me fui directamente a la cama.

No fue una noche muy recomendable. Los sueños resultaron atroces. Veía chinos por todas partes y la muerte amenazándome una y otra vez. Constantemente me despertaba, sobresaltado.

A la mañana siguiente me levanté para tomar una taza de café y correr la persiana. Luego retomé a la cama.

Despierto, comencé a hacer un balance de todo cuanto me había ocurrido desde que Slim Connors se presentó ante mí. El resultado final era poco halagüeño y nada tranquilizador. Tenía el presentimiento de que mi vida continuaba en peligro. A pesar de que no sabía casi nada.

Slim Connors buscaba a dos chinos llamados Tao y Wu. Esto era lo evidente. Lo demás eran suposiciones: estos dos chinos podían pertenecer a una organización, el Yellow Power, y sus miembros parecían empeñados en que yo no siguiera adelante con las investigaciones.

—Ahora bien: ¿por qué Slim Connors buscaba a esos dos chinos? ¿Qué era realmente el Yellow Power? ¿Por qué querían cortar en seco mis pesquisas? ¿De qué tenían miedo? ¿En qué lío se encontraba metido Slim Connors?

Eran demasiadas preguntas para un pobre cerebro como el mío, sometido a fuertes tensiones en los dos últimos días.

Cuando salté de la cama definitivamente, me duché y luego almorcé una frugal comida que yo mismo preparé.

Me disponía a despachar la segunda taza de café del día, cuando el timbre de la puerta sonó.

Brinqué, alarmado.

Por si las moscas, y como yo no tengo licencia para usar armas, tomé un cuchillo de la cocina.

Con él firmemente empuñado avancé hasta la puerta.

—¿Quién es? —interrogué, colocándome a un lado, no fuera a ser que en el instante de hablar soltaran una avalancha de plomo. No podía imaginar cuál iba a ser la próxima jugarreta de los condenados chinos.

—Soy Stella Connors —me respondió una voz de mujer.

¡Connors!

¿La esposa de mí...? No, la hija. Él me había hablado de una hija en las dos ocasiones que nos habíamos visto, y además la voz parecía pertenecer a una muchacha.

—¿La hija de Slim Connors? —pregunté.

—La misma, señor Travers. ¿Por qué no abre?

—Enseguida.

Me agaché y escondí el cuchillo bajo la alfombra. Después le franqueé el paso.

La niña estaba de espanto.

Era alta, rubia, y a la hora del reparto de curvas ella había acaparado todas. Debía contar unos veintitrés años a lo sumo y sus ojos eran grandes, del color del aguamarina, y estaban protegidos por unas largas y rizosas pestañas. Del hombro derecho colgaba un bolso que llevaba con soltura.

—Adelante, señorita Connors —la invité a pasar.

—Puede llamarme Stella, ¿eh, Glenn?

La muchacha parecía estar bien informada y además poseía desparpajo.

—Siéntese, siéntese —le dije mientras cerraba la puerta no sin antes echar una rápida mirada al pasillo para comprobar que no habían moscones amarillos al acecho.

Ella tomó asiento en una butaquita, se descolgó el bolso y cruzó magistralmente las piernas.

Le di un diez en cuestión de remos.

Abrió su bolso y sacó una cajetilla de cigarrillos. Me ofreció y yo rechacé, pues no fumo.

Ella encendió un pitillo y se puso a intoxicarme el lugar como si estuviera en su casa.

—Siento lo de su padre —dije por decir algo.

—Así pues, usted trabajaba para él.

—¿No lo sabía?

—Sólo lo sospechaba.

—Como ha aparecido por aquí, imaginé que...

—Entiendo —me cortó ella.

Tomé yo también asiento. Procuré hacerlo frente a ella para no tener que perderme nada.

—Bien. Usted dirá.

—Quiero saber qué hacía para mi padre.

—Oh, eso...

—¿No pensará negarse?

—Es que el asunto es bastante embrollado. ¿Qué sabe usted?

—Primero usted.

—Prefiero que sea usted, Stella.

—De acuerdo. Apenas sé. Yo no vivía con mi padre y mis relaciones con él eran mínimas. Le pasaba una pequeña ayuda económica al mes y de tarde en tarde nos veíamos. Ayer, casualmente, yo estaba en su casa cuando usted telefoneó. Escuché las palabras «detective», «señor Travers»...

—Y con eso ha dado conmigo.

—Exacto.

—Usted haría un buen papel a mi lado.

—Cuidado, no se lance.

—No me malinterprete, por favor.

Ella se limitó a sonreír.

—Sigamos con el asunto —añadí.

—Okay —asintió ella, sacudiendo su cigarrillo sobre el cenicero de la mesita ratona—. Mi padre salió para entrevistarse con usted... y ya no regresó.

—Cierto.

—La policía me hizo algunas preguntas. Lo ocurrido en la Ninth Avenue no lo tienen muy claro.

—¿Habló de mí?

—No... por el momento.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir Glenn, que si se pone tonto...

—Oh, no siga. La entiendo perfectamente.

—Me gustan los chicos listos.

—Y a mí las chicas con unas piernas como las tuyas.

—Dejemos eso para otro momento.

—Está bien.

—Yo sospecho que lo sucedido en la Ninth Avenue tiene algo que ver con lo que usted y mi padre se llevaban entre manos. Mi padre estaba muy nervioso, inquieto, intranquilo... como si temiera algo.

—Su padre andaba metido en algo muy gordo.

—¿Qué?

—Eso me gustaría saber, encanto.

—¡No se haga el loco conmigo!

—¿Usted cree que con una mujer como usted me puedo yo hacer el loco?

—Deje las bromas a un lado. Esto es algo muy serio.

—¡Toma que si es serio! ¡Lo sé yo mejor que usted!

—¿De qué habla ahora?

—Han intentado matarme en cuatro ocasiones, Stella, monina.

—¿A usted?

—¿Por qué se extraña? Ya sé que no soy muy guapo, pero a la muerte estas cosas le traen sin cuidado.

—Creí que era mi padre...

—Bueno, el que a mi quieran matarme es culpa de su padre, que en paz descanse. Desde que me hice cargo de su caso, una legión de chinos asesinos quiere enviarme al otro barrio.

—¿Chinos?

—Eso he dicho.

—¿Qué pintan los chinos en todo esto?

—No lo sé muy bien. Pero hay una cosa cierta: a su padre le interesaba el paradero de dos chinos.

—¿Dos chinos?

—Stella, preciosa, no repita, que creo que hablo bastante claro, ¿no?

—Es que... Es que...

—La sorprende, ¿eh?

—¡Claro que sí!

—¿Por qué?

—¡Jamás mi padre tuvo relación con chinos!

—Últimamente usted no trataba mucho con él, ¿no me dijo eso?

—Sí.

—Entonces podía haber cambiado de parecer.

—No lo creo. Mi padre era bastante racista.

—Oh, vaya.

—¿Y por qué buscaba a esos chinos?

—Desgraciadamente, para esa pregunta no tengo respuesta. Su padre no llegó a contármelo.

—¿Y usted no le preguntó?

—Al principio no. Era un caso normal. Buscar a otras personas. Bueno, ¿y qué? El cliente encarga, paga y yo a trabajar. Pero luego, cuando las cosas se pusieron calientes, cité a su padre para hablar claro...

—Y fue cuando lo mataron.

—Ajá.

—Pues estamos bien.

—Como se dice vulgarmente, a dos velas.

Ella apagó el cigarrillo. Lanzó un suspiro y se ajustó mejor el jersey.

Yo tragué saliva al observar la pujanza de su seno.

—¿Y qué más sabe usted, Stella?

—Lo que le he contado al principio. Las palabras que cacé cuando usted le telefoneó, el estado de ánimo en el que se encontraba... Eso y la muerte violenta que encontró me hizo pensar en algún oscuro asunto.

—Y acertó.

—Sí, pero ¿cuál es ese oscuro asunto?

—¿Por qué no piensa y medita acerca de lo que hizo su padre en las últimas semanas? Aunque apenas se trataran usted tendrá una ligera idea para las conversaciones que de vez en cuando mantenían...

—No hace falta pensar para recordar lo que hizo mi padre últimamente.

—¿Por qué?

—Porque es muy sencillo.

—¿Ah, sí?

—Estuvo en un hospital.

—¿Cómo es eso?

—Le hirieron gravemente durante el asalto al Banco que...

—¡Siga, siga!

—¡Fueron dos hombres! —exclamó de pronto.

—Tranquila. Vayamos por partes. ¿En qué trabajaba su padre, Stella?

—Era bombero.

—¿Bombero?

—Eso es una profesión.

—Sí, sí. Pero como habló de un Banco...

—Bueno, tal vez me haya expresado mal, Glenn. Quería decir que el oficio de mi padre era el de bombero. Luego se jubiló. Y entonces se colocó como vigilante nocturno de un Banco, para ganar un poco de dinero y estar entretenido.

—Comprendo. ¿Y qué más?

—Hace cinco semanas el Banco fue atracado por la noche. Mi padre resultó herido gravemente por un balazo. Los ladrones se llevaron un millón de dólares.

—¡Un buen pellizco!

—Cuando mi padre pudo ser interrogado por la policía, declaró que los ladrones habían sido dos, pero que no los pudo ver por ir encapuchados. Enseguida le dispararon y ya no supo más.

—Tú... ¿Me permites que te tutee?

—Por supuesto. Yo también lo haré contigo.

—Conforme.

—¿Qué ibas a decir antes?

—Bueno, iba a decir que tú has pensado que tu padre «mintió».

—No es más que una suposición.

—Todo tenemos que suponerlo. Tu padre ya está muerto.

—Pienso que cabe la posibilidad que, tras el disparo que lo abatió, mi padre no perdiera del todo el conocimiento y oyera hablar a los dos atracadores.

—E incluso tal vez les viera el rostro.

—¿Te dio sus descripciones?

—Sólo me dijo que Tao y Wu eran jóvenes y atléticos. También añadió que debían ser amigos.

—Eso último lo debió deducir por ser compañeros de atraco.

—Sí.

—Bien. Creo que está claro. Mi padre buscaba a los dos atracadores, y para eso te contrató a ti.

—Pero si el atraco se cometió hace cinco semanas lo menos, me parece estúpido que Tao y Wu estén aquí... Con un millón de

dólares no se va uno a vivir a Chinatown.

—¿Y...? —inquirió ella al verme pensativo.

—Y tampoco me parece muy congruente que tanto chino se haya alarmado por mis preguntas y quiera matarme... A no ser que Tao y Wu no fueran unos atracadores independientes, por libre.

—¿Qué quieres decir?

—Tao y Wu podían estar trabajando para alguien.

—¿Quién?

—El Yellow Power.

—¿Qué es eso?

—No lo sé exactamente. Pero creo que las cosas van encajando.

—Posiblemente mi padre quisiera recuperar el dinero para cobrar el diez por ciento.

—¿El diez por ciento?

—Es lo que ofrece el Banco.

—Hum. Eso es muy interesante.

—¿Por qué?

—Si yo sé de números, eso significa cien mil dólares, ¿no, Stella?

—Sí.

Los dos nos quedamos mirando muy fijamente.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me preguntó.

—¿Lo que tú piensas tiene algo que ver con la cama?

—¡Eres un sátiro! ¡Y estoy de los sátiros hasta las narices!

—¿Por qué?

—Todas las noches los tengo que aguantar.

—¿En qué trabajas?

—Soy *strip-teaser* en un local del Bronx.

—¡Diablo!

—Ésa fue una de las cosas que me apartó de mi padre.

—Ten por seguro que eso no nos separará a nosotros —me puse una mano en el corazón.

—¡Oh, tú y tus guasas! —protestó.

—Okay, nena. Vayamos a las cosas serias.

—Pienso que podríamos recuperar ese dinero.

—No sé si vale la pena jugarse la piel por cien mil dólares.

—Cincuenta mil para cada uno.

—Y encima eso.

—¿No estás de acuerdo?

—Yo voy a ser el que va a tener que meter el hocico por ahí.

—Pero yo te he proporcionado los datos fundamentales. Además, creo que me deben algo por la vida de mi padre.

—Mira, encanto. Hablemos claro. Yo pienso que el zorro de tu padre no pensaba en recuperar el dinero, sino en sacar una importante tajada a los dos atracadores. Por eso no habló a la policía, ni tampoco a mí. Luego resultó que los dos chinitos trabajaban para una organización y las cosas se le complicaron.

—¡No puedes decir eso!

—Ya lo he dicho. Y respecto a ti pienso que eres una zorra de cuidado. Eso de que te deben algo por la muerte de tu padre no es más que puro materialismo, porque tú misma has reconocido que tú y tu padre no os llevabais bien, y creo que su muerte te ha dejado más o menos igual.

—¡Eres un cerdo!

—Y todo lo que tú quieras. Yo jamás he tenido problemas con la lengua y me importa un rábano lo que piensen los demás. Eso sí, me gusta que las cosas estén claras desde un principio.

—¡Puerco!

—Cuando termines de hacer el papel de mujer ofendida, seguiremos hablando de lo que te interesa.

Inesperadamente, ella se puso en pie. Me miró muy altivamente.

—Eh, ¿adónde vas, muñeca?

—Me largo de este apestoso lugar.

—¿Y qué hay de nuestro negocio?

—Tú investigas y cincuenta mil para cada uno. Volveré esta noche, después del trabajo, para saber los resultados de tu labor de esta tarde.

Y sin más, desapareció de mi vista dando un fuerte portazo.

Me quedé pensando que, de tal palo tal astilla. O sea, de un pillo otro pillo. Y que para que no hubiera dos sin tres, ahí estaba yo.

Era evidente para mí que Slim Connors había jugado para sí solo, utilizándome como peón de su partida, y que al final, cuando el asunto se complicó con sangre, se vio cogido en su propia trampa, pues si iba a la policía a declarar, se descubriría que había ocultado pruebas en su momento y que pensaba lucrarse a costa de ellas.

También era evidente para mí que su pistonuda hija había

acudido a mi apartamento con el fin de averiguar qué misterioso negocio nos llevábamos entre maños su padre y yo, y si el negocio era sustancioso, pegarle un bocado, aparte sentimentalismos y demás ternuras por el estilo.

Y por último, era impepinable que un servidor iba a continuar con el caso, porque cincuenta mil dólares son cincuenta mil dólares, hermano, y eso, a un muerto de hambre como yo, con no más de veinte dólares en el bolsillo y una pocilga como vivienda, le da las suficientes fuerzas como para enfrentarse a todo el pueblo chino.

CAPÍTULO X

Me lancé a la calle con nuevos ánimos.

Inicié lo que podríamos llamar una ronda por el barrio.

En primer lugar me pasé por el restaurante de Tsi. Ya sabía que el honorable chinito no iba a continuar con las averiguaciones encargadas por mí, así me lo había manifestado el otro día, pero me asomé por si acaso le había continuado picando la curiosidad.

Me equivoqué de medio a medio. Tsi se había dedicado única y exclusivamente a su negocio de comida china, y no quería saber nada de sus congéneres Tao y Wu. Y mucho menos del llamado Yellow Power.

De allí me trasladé a la tienda de antigüedades del tío de Tao.
Chen

Yat-sen

se había colocado aquella tarde un bonito gorro de mandarín y estaba la mar de mono. En cuanto a lo que a mí me interesaba, no tenía la menor idea de dónde podía encontrarse su sobrino. Que cuando le hallara le diera recuerdos de su parte. *Okay, mandarín.*

El siguiente punto fue el edificio donde vivían normalmente los dos chinos que a mí me atraían. La portera me repitió más o menos las mismas palabras del otro día y yo le di un par de dólares a ver si se refrescaba más su memoria, pero no hubo suerte.

Así las cosas, fui a dar de nuevo con mis huesos a la casa de masajes de *mistress* Chang.

Alguien tenía que saber algo por poquito que fuera, de Tao. Era imposible que se lo hubiera tragado la tierra.

Según mi parecer, la hermosa y peligrosa Kwei, una chinito-americana que lo mismo te amaba con su cuerpo de diosa que te desnucaba con sus golpes de karate, su amiga íntima, era la que más probabilidades tenía de haberme engañado, de entre los que hasta el momento se habían cruzado en mi camino. Se me hacía

difícil imaginar que el pajarraco Tao se pasara días sin echarle un garbeo y otras cosas a su amiguita.

Total, entré en la casa de masajes dispuesto a apretarle las tuercas al máximo y a no dejarme subyugar por sus curvas.

Mistress Chang exclamó al verme:

—¿Usted por aquí?

Y corrió hacia el teléfono.

La alcancé antes de que llegara a él.

—¿Adónde va? —le pregunté, burlón.

—A avisar a la policía.

—Eso no me gusta.

—Me extraña que no hayan dado con usted. Les di una descripción suya de primera.

—No me sorprende. Me vio desnudo.

—¡Suélteme!

—Si me promete estarse quieta.

—Usted es un loco que debe ser encerrado.

—Anda, déjese de tonterías. Vuelva a su mostrador y portémonos como personas adultas.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Sólo pretendo intercambiar unas palabras con la linda Kwei.

—Veinticinco dólares —me espetó, muy sería.

Se los di y con eso fumamos la pipa de la paz. El dinero siempre hace olvidar muchas cosas. Y yo, con mi esplendidez de los últimos días, estaba consiguiendo llegar al peligroso cero.

Mistress Chang retornó al mostrador y fui yo mismo quien golpeó tres veces el bonito *gong*.

No tardó en aparecer Kwei.

Me dio la impresión de que me esperaba. No la vi sorprenderse.

—Hola, muñeca —saludé con media sonrisa.

—¿Qué hay?

—Sigo buscando noticias sobre Tao —no me detuve en circunloquios y fui al grano.

—Ven —me dijo escuetamente.

Fui tras ella y he de reconocer en honor a la verdad que mientras observaba el balanceo hipnótico de sus caderas y nalgas comencé a olvidarme de Tao y a pensar en cosas más agradables.

Pero no me dio pie a juego amoroso.

Entramos en el cubículo y enseguida me dijo:

—Anoche vi a Tao.

Sus curvas se desvanecieron de mi mente y me metí de lleno en el asunto.

—¿Dónde?

—Eso no importa.

—He de hablar con él.

—Ya se lo dije.

—¿Y qué te respondió?

—Que no sabe quién eres, que no te conoce de nada, que no le debe dinero a nadie llamado Charlie...

—Ya.

—Resumiendo, no le eres de fiar.

—Eso me parece lógico, encanto.

—Sospecha que algo sucio pretendes.

—Tu amigo Tao es muy mal pensado.

—De todas formas, te da una oportunidad para que le expongas claramente tu juego.

—Me parece muy bien. ¿Dónde?

—En la sala de té de Wang Li.

—¿Cómo le reconoceré?

—Yo le pasaré aviso y él te esperará en uno de los reservados del fumadero de opio que hay en la parte posterior. Lo conoces, ¿no?

—Sí.

—Pregunta por Tao al dueño y él te indicará en qué reservado se encuentra.

—Comprendido.

—¿Alguna duda?

—¿Para cuándo la cita?

—Esta noche, a las diez.

—*Okay*.

—Y espero que os entendáis.

—Teniendo los mismos gustos, no te extrañe.

La miré de arriba abajo y luego inició el camino hacia la puerta corrediza.

Me detuve antes de llegar a ella y di media vuelta.

—Por cierto —consulté mi reloj de pulsera—, aún son las ocho...

y yo he pagado veinticinco dólares.

Ella no me dijo que no.

CAPÍTULO XI

Wang Li, además de ser un simpático chino, era un pillo de siete suelas.

Su casa de té era una de las más famosas de Chinatown y gozaba del favor de un numeroso público. Pero eso no le bastaba.

Era *vox populi* que, tras los cortinajes de seda del fondo del local, en la parte posterior, había montado un clandestino fumadero de opio que le proporcionaba tantos o más beneficios que la sala de té. Gracias a ello era uno de los pocos chinos que se podía vanagloriar de poseer una casa de recreo en Long Island.

Yo estaba convencido de que la policía lo sabía, pues hasta el tonto del barrio tenía conocimiento de su existencia pero no alcanzaba a comprender por qué regla de tres no le habían echado mano aún.

La sala estaba llena a rebosar; era un hervidero de gente. Las gentiles camareras, ataviadas con trajes típicos orientales, no paraban de servir en bandejas las consabidas tacitas de porcelana china con la sabrosa infusión.

Me fue difícil localizar a Wang Li entre tanto gentío. Cuando lo encontré, él me saludó con una sonrisa en su rostro de cerdito adobado:

—Hola, señor Travers.

—Buenas noches, Wang Li.

Nos conocíamos muy bien desde una noche que, en una pelea en la que yo intervine, su establecimiento quedó patas arriba. Yo me había citado allí con mi cliente de entonces y la persona que lo estaba extorsionando... y al final todos acabamos a tortazos.

—¿Cómo usted por mi humilde casa?

—Tengo una cita.

—Espero que esta vez usted y sus invitados se comporten más cívicamente.

—Yo también.

—Bueno, le deseo suerte.

—Espere, espere.

—¿Sí?

—Usted ha de decirme dónde se encuentra la persona que está citada conmigo.

—¿Yo?

—En efecto. Busco a Tao.

—¡Oh!

—Lo entendió, ¿no?

—Ni por un momento hubiera podido imaginar que esa persona fuera usted, señor Travers.

—La vida tiene a veces esas sorpresas. ¿Dónde se encuentra Tao?

—En el fumadero —dijo por lo bajo.

—Eso ya lo sé. ¿En qué reservado?

—Él cuatro.

—Okay, Wang Li.

—Buenas noches, señor Travers.

Me sonrió como despedida y no sé por qué pensé que, tanto en sus palabras como en su sonrisa había una pizca de burla.

Atravesé los cortinajes de seda y enseguida me salió al paso un chino bien trajeado.

—Voy al reservado número cuatro —le dije—. Me están esperando.

—Ah, bien.

El tipo debía estar avisado y ya no me molestó más.

Entré en el ancho y largo corredor, observé los números de las puertas y di con la rotulada con el cuatro.

Golpeé con los nudillos en ella.

—Adelante —me invitó la hoja de madera y *entré* en la habitación.

Mi sorpresa fue mayúscula, pues no vi a nadie.

Fui a girar la cabeza y entonces algo muy duro me cayó encima de ella.

Entre nebulosos, piar de pajaritos y voltear de campanas logré adivinar los rostros de dos hombres blancos. Los muy cabritos se habían escondido tras la puerta.

Pero ¿yo no había quedado con un chino llamado Tao?

El golpe se repitió en mi cabeza y ahora sí que definitivamente me sumergí en el negro pozo de la oscuridad.

Cuando tuve real conciencia de lo que ocurría a mi alrededor, observé que me encontraba tirado en mitad de una oscura calle.

La cabeza me dolía horrores y unos recuerdos extraños de preguntas y respuestas vagaban por mi mente de una forma fantasmal, inconexa. Noté la boca muy seca y sentí deseos de vomitar.

Al final lo hice, aún sin levantarme de la acera. Los cubos de la basura eran mis únicos compañeros.

Me puse en pie poco a poco, tambaleante. Mis ojos trataron de reconocer el oscuro lugar.

Se trataba de Pell Street.

Allí mismo, donde desembocaba Doyers Street, debía encontrarse la casa de té de Wang Li.

Tenía que presentarme ante el maldito chino y pedirle explicaciones.

Y me las iba a dar, por las buenas o por las malas. Me había enviado a una sucia trampa, sin una razón lógica aparente. Desde luego, en el reservado número cuatro no me esperaba Tao, sino dos tipos blancos. Dos americanos como yo.

Avancé dificultosamente por la acera, apoyándome de vez en cuando en las paredes.

Me llevé un gran chasco. La sala de té de Wang Li estaba cerrada ya.

Entonces se me ocurrió consultar mi reloj de pulsera. ¡Diablo! ¡Serán las cuatro de la madrugada!

¿Qué había hecho yo desde las diez de la noche?

Con esa pregunta bailoteando en mi cerebro comencé a caminar hacia mi casa.

Lentamente fui recuperándome.

Cuando llegué ante mi portal, saqué la llave para abrir.

Entonces escuché a mi espalda el ruido producido por una portezuela de coche al cerrarse. Un taconeo vino hacia mí.

Di media vuelta y me encontré cara a cara con Stella Connors.

—¿Dónde demonios te habías metido? —me preguntó.

—Pensé que te habrías cansado de esperarme.

—De mí no te escaparás fácilmente. Yo no abandono los buenos

negocios.

—Yo tampoco, encanto. Pero hay mucha gente empeñada en que los abandone definitivamente.

—¿Qué ha ocurrido? Te veo mala cara.

—La cena me sentó mal.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Entra y te contaré.

Abrí el portal y los dos subimos a mi agujero. Ella tomó asiento y yo me metí en el lavabo. Hice mis necesidades, puse la cabeza bajo el grifo y cuando me encontré mejor retorné junto a ella.

Fumaba muy seductoramente, balanceando una pierna sobre la otra.

Me dejé caer en la otra butaquita y con calma le conté lo poco que sabía.

—Y... es extraño que no me hayan apiolado —finalicé diciendo —. Hasta ahora todos los intentos eran para matarme.

—Dijiste que se trataba de dos hombres de nuestra raza, ¿no?

—Sí.

—Eso descarta a esa posible organización llamada Yellow Power.

—¿Estás insinuando que hay más gente metida en el asunto?

—Posiblemente.

—¿Quién?

—Si tú no lo sabes, yo menos.

—Pero ¿para qué me querían? ¿Por qué me golpearon? ¡No lo entiendo!

—Tal vez la trampa no partiera originalmente de ese tal Wang Li, sino de esa muchacha llamada Kwei.

—Pues aún lo entiendo menos. Ella es la amigueta de Tao. Lo lógico es que hubiera estado él o dos sicarios chinos. Lo lógico es que me hubieran matado, repito. ¿Sólo me golpearon para luego tirarme a la calle como si fuera basura?

—Sigo pensando en lo que apunté antes. Hay alguien más en el asunto.

—¿Y...?

Ella se quedó meditando unos instantes. Al final dijo lentamente:

—A lo mejor te han utilizado para enterarse detalladamente del asunto.

—¡Yo no he hablado! ¡Nadie ha hablado conmigo!

—¿Seguro?

—¡Espera! —salté de la butaquita.

—¿Qué?

—¡Pentotal sódico!

—¿El suero de la verdad?

—¡Eso es! ¡Y luego me han adormecido con alguna droga más!

—Si realmente ha ocurrido eso, hay alguien por ahí que sabe tanto como nosotros.

—¡Maldita sea!

—Las lamentaciones ya no sirven de nada.

—¡Es que estoy hasta las narices, infiernos!

—Piensa que nos esperan cincuenta mil dólares.

—¿Tú crees?

—¿Lo pones en duda?

—Si esos chinos son medianamente listos, ya habrán invertido el dinero, o se habrán largado con él.

—¡Bah! Lo que hay que hacer es procurar dar con ellos cuanto antes. La competencia nos pisa los talones.

—Competencia, competencia... ¡Sigo sin comprender por qué no me han matado!

—Vamos, no te calientes la cabeza con eso.

—Mira, nena. Cuando en las películas los asesinos cogen al chico, se tienen que olvidar de sus malas artes porque si no, no habría historia. Ahora bien, en la vida real es muy distinto. Los asesinos no piensan si se van a cargar a un chico de película, disparan y se quedan la mar de anchos. ¿Por qué no ha sucedido esto conmigo? ¿Por qué no me han matado?

—A lo mejor te han confundido con un chico de película, Glenn —rió ella, apagando el cigarrillo.

—¡Vete al cuerno! —exclamé, enfadado.

—Está bien. ¿Qué pretendes? ¿Volverte loco?

—¡No! ¡Encontrar una explicación!

—¿Se te ha ocurrido ya alguna?

—Sólo una.

—¿Cuál?

—No eran unos asesinos. No pertenecían a un grupo criminal.

—Ya. Eran los de la Cruz Roja en una noche de borrachera.

—Tú riéte, pero ya verás cómo tengo razón.

—Pensemos en el plan a seguir. Es tarde y tengo ganas de descansar.

—Yo estoy más molido que tú.

—Creo que entre la chica Kwei y el dueño de la casa de té se encuentra la verdad. Dime cuáles van a ser tus próximos pasos.

—¿Por qué tanto interés?

—Somos socios, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces...?

—Bien. Mañana por la mañana visitaré a Kwei y esta vez sí que me dirá dónde se encuentra realmente su condenado amiguito Tao.

—Espero que así sea.

—Aún me quedará el recurso del pillo de Wang Li.

—¿Por qué no empiezas por éste?

—Presiento que en la muchacha está la clave.

—Te gusta, ¿eh?

—Me gustan todas.

—¿Yo también?

—Por supuesto. Pero mucho me temo que esta noche no estoy para demostraciones viriles.

—Apuesto a que te hago recobrar los ánimos. ¿Nunca has visto uno de mis *stripteases*?

—No —balbuceé, viéndole cómo se ponía en pie y ondulaba su cuerpo como una sierpe.

—Es muy tarde y será mejor que me quede aquí a pasar el resto de la noche, ¿no te parece?

—Okay —me humedecí los labios con la lengua.

Aquella noche tuve mi soñado *striptease de rubia y nadie llamó a la puerta para interrumpírmelo. Así que, como hubo tiempo, hicimos otras cosas.*

CAPÍTULO XII

Cuando llegué a su casa, ella me esperaba ya con una pistolita firmemente empuñada.

Me había levantado tarde y, después de haberme despedido de Stella hasta nuevas noticias, encaminé mis pasos hacia la casa de masajes.

Mistress Chang me comunicó que Kwei se había excusado ese día, alegando que no se encontraba muy bien y que permanecería en casa. Le pedí la dirección y ella me la dio. Vivía en Hester Street, más arriba de Canal.

Y allí estaba.

—Has tardado —fue lo primero que dijo.

—Me dormí.

—Siéntate, pichón.

—¿Eso de pichón me lo dices como apelativo cariñoso o porque realmente lo soy?

—Ya lo verás.

Tomé asiento, y ella lo hizo junto a la mesita donde estaba el teléfono.

—Ayer me tendiste una trampa en la sala de té.

—¿Sí?

—Tao no se encontraba allí. En cambio, sí dos tipos blancos que me aporrearón.

—Qué mala es la gente.

—E incluso me drogaron.

—Hoy día no se puede ir solo por el mundo.

—¡Basta de cachondeos!

—Creí que era lo que a ti te gustaba...

—Me esperabas, ¿no?

—Ujú.

—Luego tú estabas metida en la trampa de anoche. ¿Qué juego

te traes?

—Ninguno, querido. ¿No deseas ver a Tao?

—Sí.

—Pues hoy vas a tener esa dicha.

—Me gustaría creerte.

—Estoy esperando una llamada suya.

—¿Para qué?

—Para quedar con él y llevarte a su presencia.

—Si me llevas de esta forma, me liquidarán.

—Pero ¿no querías ver a Tao?

—Claro que sí.

—¿Entonces, cariño?

—Pero en un sitio neutral y con el mismo número de posibilidades cada uno. Así, apuntándome con una pistola, no podré conversar con él como yo quiero. Me llevarías directamente al matadero.

—Oh, mi pobre pichón.

—¡Vete al diablo!

—¡Quieto! —me conminó al removerme intranquilo en el sillón.

—Oye, nena —intenté ser convincente—. Creo que podríamos llegar a un acuerdo...

—No hay trato.

Justo entonces sonó el teléfono. Kwei descolgó con la mano libre.

—Hola, Tao.

—Lo tengo conmigo, Tao. Está en mis manos.

—Eso había pensado, cariño. Pero no puede ser matarle.

—¿...?

—Dice que hay alguien más con él y que por otro lado tiene pruebas colocadas en una caja de seguridad.

Yo di un brinco de sorpresa en el sillón.

—También dice que sabe que tú y Wu no sois más que unos mandados de una potente organización, el Yellow Power, y que está dispuesto a llegar a un acuerdo con vuestro jefe máximo.

—¡...!

—¿Qué hago?

—...

—Insiste ahora de nuevo en que si le mato, estaréis perdidos. Se

descubrirá el atraco al Banco, los puntos de unión entre los crímenes de Ritchie, el teniente Barrymore y Slim Connors, tu nombre y el de Wu, la misma organización... y está ya no podrá realizar los proyectos para los que fue creada hace poco. ¡Parece muy seguro de lo que dice!

—...

—No, no. Dice que la oferta se la hará al mismo jefe. No quiere saber nada de intermediarios.

—...

—Está bien. Consúltalo. Esperaré tu nueva llamada. Kwei colgó.

Creo que en aquellos momentos los ojos se me salían de las órbitas. Mi asombro me tenía anonadado. La miré como si fuera un bicho raro.

—¡Estás loca!

Ella se limitó a sonreírme.

—¡Estás más loca que una cabra! —agregué—. ¿Qué te propones?

—¿No lo has visto? Simplemente ayudarte a que puedas llegar a un acuerdo con ellos.

—No te creo.

—Allá tú.

—¿Cómo sabes tanto?

—Mis oídos tienen un gran alcance.

—Anoche me fui de la lengua, ¿eh?

—No sé de qué hablas.

—Tú estabas de acuerdo con los que me esperaban en la sala de té.

—Yo te cité allí con Tao.

—¡Tao no estaba!

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—A última hora Tao tuvo que suspender su cita contigo por motivos mayores.

—¿Y qué hay de los que me aporrearon y drogaron?

—Gente nocturna del alegre Chinatown.

—¿Te crees que soy tonto?

—Piensa lo que te dé la gana. Olvídame.

—¡Quiero saber qué va a ser de mí!

—Es muy sencillo. Te presentarás ante ellos y harás tu oferta.

—¿Qué oferta?

—Por ejemplo, les puedes pedir un pellizco del millón de dólares a cambio de tu silencio y el de la hija de Slim Connors.

—¿También sabes de ella?

—Bueno, basta —se mordió el labio inferior.

—Si sabes el nombre de la persona que está asociada a mí, ¿por qué se lo has dicho a Tao? ¿Qué clase de extraño juego te llevas entre manos? ¿De parte de quién estás realmente? ¿O perteneces a otro grupo que también quiere morder la gran tajada?

—¡Basta he dicho!

Yo fui a volver a la carga, pero en ese instante sonó de nuevo el teléfono.

—¿Sí? —Lo cogió y habló ella.

—...

—¿Qué hay, Tao?

—...

—No, no hace falta que vengas, Tao. Yo puedo arreglármelas muy bien con él.

—...

—De verdad que sí. Lo puedo llevar adonde tú digas, cariño. He hecho todo esto para demostrarte mi amor y porque quiero ser un miembro más de la organización, como tú. Creo que estoy demostrando que sirvo, ¿no?

—...

—Gracias, querido.

—...

—Muy bien. ¡Ahí lo llevaré!

Colgó.

—Andando, pichón —se puso en pie, apuntándose con su pistolita—. Nos esperan.

Y me resigné... por el momento.

Porque romo hubiera una oportunidad...

No la hubo. Kwei era astuta y se las sabía todas. En ningún momento se despidió.

Bajamos por la escalerilla de incendios sin tropezarnos con nadie. Abajo, al final de ella, estaba aparcado el coche de Kwei.

Todo lo tenía muy estudiado, la muy maldita.

Subimos al pequeño utilitario y ella continuó mostrándose muy segura.

Fue entonces cuando me dio la pastilla.

—Tómatela.

—¿Qué es esto?

—Una pastilla.

—Eso ya lo sé, infiernos. Quiero decir...

—Dormirás un poco —me explicó, interrumpiéndome—. Sólo eso.

La miré con el ceño fruncido. Aquello cada vez me estaba gustando menos.

—Mira, nena. Creo que ha dejado de interesarme lo del dinero. Sí, he cambiado de opinión. No quiero entrevistarme con Tao, ni con nadie de esa organización llamada Yellow Power. ¡Al diablo los chinos! ¡Yo me bajo y allá te las apañes tú!

—¡Quieto!

—De verdad, Kwei. He dejado de ser ambicioso. Yo sólo pretendía recuperar el dinero y cobrar el diez por ciento. ¡Pero renuncio! ¡Renuncio!

—Aquí la que manda soy yo.

—El Año Internacional de la Mujer ya pasó.

—No me digas que tú eres machista.

—En estos momentos soy un hombre asustado... ¡y me largo!

—¡Quieto o te agujereo!

—No serías capaz.

—Si no vienes conmigo tendría que matarte —arrastró las palabras muy lentamente—. Sabes demasiado.

—Cuando llegue a casa prometo hacerme un lavado de cerebro.

—¡Tómate la pastilla!

—¡No quiero!

—¡Tú has escogido, estúpido! —exclamó y su mano armada se abatió vertiginosa sobre mi cabeza. El cañón golpeó mi sien y fue el tercer golpe que recibió mi cráneo en pocas horas.

Me olvidé de Kwei, de Stella, de los chinos, del millón de dólares y de los problemas de la vida cotidiana. Era la nada. Fui feliz.

Volví a la vida y lo primero que vieron mis ojos fue el feo rostro de un joven chino.

—Tuve que golpearle para poder conducir con tranquilidad —oí

decir a Kwei—. Además, así no sabe dónde se encuentra.

Era cierto. El lugar era completamente desconocido para mí. Se trataba de una espaciosa habitación, con ornamentos orientales. En un rincón, un pebetero impregnaba de perfume la pieza.

Me encontraba tendido en un largo sofá y poco a poco fui incorporándome.

La vi a ella y al chino de feo rostro.

—Tarda tu jefe —comentó Kwei impaciente.

Yo fui a abrir la boca y entonces ella se acercó a mí y me largó un guantazo.

—¡Tenía ganas de que despertaras para castigar los insultos que me dirigiste antes! —exclamó al mismo tiempo.

Dentro de mi pobre cabeza ocurrieron extrañas cosas y mi vista se nubló por unos instantes. Comprendí que lo mejor sería permanecer callado y aguardé acontecimientos.

—Eres dura, Kwei —sonrió el chino, y su rostro aún se hizo más feo.

—En esto hay que serlo, ¿no, Tao?

Los dos se acariciaron con sus labios y yo estuve tentado de aplaudir aquella escena tan romántica. Pero mis fuerzas eran escasas y decidí guardarlas por si luego me hacían falta.

De todas formas, ya sabía algo más. Aquel chino era el tan traído y llevado Tao.

—Serás una buena militante en nuestra organización, querida.

—A tu lado, seguro.

Y de nuevo beso. Se me saltaban las lágrimas.

En eso, la puerta que había frente a mí se abrió y el honorable Tsi apareció acompañado por tres chinitos de fiero aspecto.

Me puse en pie, vivamente sorprendido.

—¡Tsi! —exclamé.

—Hola, señor Travers —me saludó con su sempiterna sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, aunque ya me lo imaginaba.

—Yo soy el jefe del Yellow Power. Usted quería hablar conmigo, ¿no?

—Sssí.

—Bien. Hable.

Me pasé una mano por la barbilla, luego miré a Kwei y al final dije:

—Quiero una parte.

—¿De qué?

—Del millón.

—Es usted muy ambicioso. Tuvo suerte de librarse el día que murió ese estúpido vigilante del Banco. Si usted también hubiera muerto, todo habría terminado.

—Pero no fue así, Tsi. Y ahora estoy metido en el ajo. Lo sé todo.

Infiernos, yo no sabía adónde me podía llevar esta conversación, porque no era la conversación que yo había previsto. Pero también sabía que Kwei no se andaba con bromas y si me ponía tonto, tal vez me largara un pildorazo con la pistolita que aún empuñaba.

—Un socio y unas pruebas colocadas en una caja de seguridad, ¿eh, señor Travers?

—Así es.

Tenía que aferrarme a la historia de Kwei o era hombre muerto.

—¿Quién es su socio? ¿En qué caja de seguridad tiene esas pruebas?

—No me creará tan tonto como para decírselo.

—Ha sido lo suficientemente tonto como para dejarse atrapar por esta mujer y venir aquí. Ahora nosotros nos encargaremos de usted.

—Si me hacen algo, la organización se irá al diablo.

—Ha cometido un grave error al no seguir utilizando a Kwei como intermediaria. Tal vez así habría podido sacar algo. De esta manera, viniendo a mí, no.

—Yo tengo la sartén por el mango.

—Por ahora, sí. Pero será por poco tiempo, señor Travers. ¿Ha oído hablar de las torturas chinas?

Tragué saliva con dificultad.

—Usted, pronto, muy pronto, nos dirá lo que queremos saber. Más le hubiera valido morir en alguno de nuestros atentados. ¿Le parece bien que empecemos por las astillitas en las uñas de los pies?

—¡El juego se terminó, señores! —tronó entonces la voz de Kwei, quien poco a poco se había ido retirando a un rincón. Les apuntaba con su pistolita.

—¿Qué haces, querida? —preguntó Tao, avanzando hacia ella.

—¡No des un paso más o eres hombre muerto! —le amenazó.

—¿Qué significa esto? —habló el honorable Tsi—. ¿No es ésta la muchacha llamada Kwei de la que tanto me habías hablado, Tao?

El chino de feo rostro asintió.

—¿No querías entrar en nuestra organización, Kwei? —le preguntó a continuación Tsi.

—Sí.

—Entonces, ¿a qué viene esto?

—Sólo pretendía saber quién era el jefe del Yellow Power.

—No lo entiendo.

—Lo comprenderá enseguida.

—Está bien, muchacha. Tú te lo has buscado. Conmigo no se juega.

El honorable Tsi profirió un grito oriental y los tres chinos que le acompañaban se pusieron ante él, en actitud de ataque.

—Ellos van a ir a por ti.

—¡Dispararé!

—Morirá uno, tal vez dos... pero el tercero llegará a ti. A ellos no les importa morir por la causa.

—Su intento será estéril. No hay escape. En estos momentos todo el lugar debe ya haber sido acordonado.

—¡Qué tonterías dices!

Las dos puertas de la habitación se vieron entonces forzadas y un grupo de hombres blancos, empuñando pistolas, entró.

—¿Todo bien, Kwei? —preguntó uno de ellos, alto, maduro y de pelo entrecano.

—Sí, señor —respondió ella. Y luego miró a los chinos y a mí—: Ah, me olvidé decirles que mi nombre completo es Kwei Losey y soy una agente del FBI. División de Actividades Antiamericanas, Sección de Asuntos Orientales. *Goodbye*.

—¡Eh, espera! —Reaccioné yo por fin.

EPÍLOGO

—Así que no fui más que un pichón, ¿eh?

—Fuiste mi pasaporte, querido.

—Je.

—Supongo que no estarás enfadado.

—Oh, no. Unos me han utilizado y otros han querido cazarme.

Yo me lo he pasado bomba.

Solté una risita amarga.

—Bueno, podías contarme algo de la historia... —añadí.

—Pues fue gracias a Wang Li, uno de los soplones de la policía en este barrio, de ahí que le permitan su fumadero de opio, como se supo que se estaba creando una organización terrorista china, el Yellow Power, posiblemente apadrinada por agentes del espionaje chino, aunque esto no se ha podido demostrar. Su fin era sabotear y crear la confusión en el estado, y cuando tuviera más fuerza y apoyo, extender sus tentáculos por el país. El caso pasó al FBI, a la División de Actividades Antiamericanas, y de ésta a la Sección de Asuntos orientales, donde yo trabajo.

—Una mujer del FBI.

—No debe extrañarte. Desde finales del año setenta y dos, tras la muerte del viejo dictador Hoover, por fin fuimos admitidas las mujeres en el FBI. Patrick Gray, el entonces director, dio luz verde a los agentes femeninos. Si no recuerdo mal, las primeras mujeres fueron Susan Roley y Jean Pierce. Ambas han pasado a la historia.

—Ajajá.

—Y regresando a la historia... Yo había entrado en contacto con Tao, tras colocarme como masajista en la casa de *mistress* Chang. Conforme fui haciéndome más amiga íntima de él y ganando su confianza, comencé a saber cosas. Pero lo más importante era saber quién era la cabeza rectora. En ese aspecto, Tao se mostraba reacio, así como a admitirme en la organización. Quería estar bien seguro

del paso que iba a dar.

—Y entonces aparecí yo.

—Exacto. Como observarías, nada más entraste en contacto conmigo, la policía dejó de molestarte. Y había muchas razones para que siguieran buscándote las cosquillas. Yo di la orden con el fin de encargarme de ti personalmente. En primer lugar, había que saber cuánto era realmente lo que tú sabías del asunto.

—De ahí la trampa que me tendiste en el fumadero de opio de Wang Li, el soplón y colaborador de la poli.

—No había otro remedio. Según tu currículum sacado de los archivos policiales, por tus frecuentes roces con los hombres de la ley, eres un tipo duro, solitario y poco dado a facilitar informes a la policía. No era cuestión de perder tiempo contigo, tratando de convencerte. Los dos hombres que te golpearon y drogaron no eran más que agentes del FBI.

—¡Qué forma más asquerosa de trabajar!

—Eso no es nada con lo que hace la CIA, cariño. En este submundo del crimen y del espionaje hay que andar con pies de plomo y cualquier método es válido, por muy canallesco que parezca.

—Olvidémoslo. Y continúa con la historia.

—Bueno, ya te lo puedes imaginar. Ellos me pasaron la información que te habían sacado y yo me quedé en casa, excusándome con *mistress* Chang, esperándote. Sabía que vendrías.

—¿Por qué?

—Porque en el fondo no eres tonto y pensarías que todo había sido una trampa mía. De todas formas, por si antes te presentabas a Wang Li, éste tenía órdenes de echarme a mí toda la culpa para que fueras en mi busca. Yo, romo bien creo habías supuesto, estaba en contacto todos los días con Tao, quien estaba escondido en una vieja casa y siempre me llamaba por teléfono, por las noches. En la última le dije que me llamara al día siguiente por la mañana, pues tenía una cita contigo para charlar del asunto que te llevabas entre manos. Por supuesto, a él, hasta ese momento no le había hablado de ti...

—En fin, todo mentiras y mentiras y más mentiras...

—Así es esta vida. El resto ya te lo puedes imaginar. Cuando él llamó le solté una nueva mentira y te utilicé como cebo para llegar

hasta el misterioso jefe de la organización terrorista. Punto final.

—Deliciosa historia.

—E imagino que el asunto Connors, que fue el que te metió en el lío, lo tienes más o menos claro.

—En efecto —dije, y mandé al infierno aquellos malditos problemas y de nuevo comenzamos a amarnos.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó ella.

—No.

El timbre volvió a sonar.

—Voy a ver.

Salté de la cama y me puse el *slip*.

Abrí la puerta lo que la cadena de seguridad permitía, y exclamé sorprendido:

—¡Tú!

—Abre, Glenn.

—Espera, espera.

Cerré y corrí hacia la cama, llevándole a Kwei sus ropas.

—¿Quién es?

—Toma y métete en el lavabo.

—¿Qué pasa?

—Hazme caso y no salgas para nada. Procuraré terminar cuanto antes con la visita.

Me obedeció mientras yo me colocaba un pantalón. Retorné a la puerta y abrí.

—¿A qué viene tanta espera? —protestó Stella Connors entrando en mi agujero.

—No estoy muy presentable —sonreí.

—¿Es que acaso no te he visto desnudito, cariño?

—Bueno, sí. Pero ya sabes... El pudor es difícil de arrancarlo del cerebro. Te lo inculcan desde pequeño y...

—Vamos, deja tus cuentos.

—Bien. ¿A qué has venido?

—¿Estabas acostado? —preguntó con la mirada fija en la revuelta cama.

—Sí, claro.

—Es ya mediodía.

—Estaba muy cansado. Ayer tuve mucho ajeteo.

Interrogatorios, declaraciones, etc., etc.

—¿Sabes...?

—¿Qué?

—Hasta que no he leído los periódicos de la mañana, no me he creído del todo la historia que me largaste ayer tarde.

—Habrás comprobado que te dije la verdad.

—Sí.

—El FBI fue quien resolvió el caso y yo no fui más que una marioneta.

—Cierto.

—Por otro lado, la mayor parte del dinero del atraco al Banco que vigilaba tu padre ya había sido gastado por la organización en armamento, pisos, propaganda, captación de nuevos adeptos y demás gastos.

—Una lástima.

Yo cabeceé.

—Nos quedamos sin el diez por ciento soñado... —agregó ella.

—Qué le vamos a hacer.

—Estoy muy apenada, Glenn querido —dejó su bolso sobre una butaquita—. Con la ilusión que yo me había hecho... Oh, no te lo puedes imaginar.

—Son cosas de la vida, nena.

—Tengo una horrible depresión, ¿sabes? —Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos.

Hice intención de escapar del lazo, pero no pude, palabra.

—Ve al médico —le recomendé.

—Yo sé lo que necesito —sus pulposos labios rozaron los míos.

—Entonces ve a una farmacia y cómpratelo.

—Hoy pareces tonto, cariño —me miró con un mohín de disgusto.

Yo pensé en Kwei, y eso me costó estar desprevenido. Sus labios absorbieron los míos, y no me pude resistir al beso, y las puntitas de nuestras lenguas se encontraron a mitad de camino.

Nos quedamos besando durante un buen rato, mientras yo pensaba en los pros y los contras. Ya lo había dicho Kwei: yo soy un tipo duro y solitario. Me gustan las mujeres, pero no los líos. Sólo cuando trabajo los acepto, porque de algo he de vivir. Además, los líos de faldas son la releche.

En fin, cuando ya había tomado una decisión, me la encontré desnuda.

Me miró con ojos incendiados de pasión.

—Voy a prepararme —me dijo dirigiéndose hacia el lavabo.

Mandé al cuerno la decisión de ponerme duro y despedirla rápidamente, porque ya no había remedio.

—Ahora recuerdo que no tengo tabaco —improvisé cuando ella alcanzaba el pomo de la puerta del lavabo. Tomé mi camisa—. Mientras tú te das los últimos toques, voy un momento abajo y enseguida vuelvo, ¿eh?

—No tardes, cariño. Ya sabes que estoy ardiendo.

—Y más que arderás dentro de un rato —le guiñé un ojo.

Ella entró en el lavabo y yo salí pitando de mi agujero.

Hasta la escalera llegaron los alaridos de las dos, al encontrarse.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] «Quarter»: veinticinco centavos. «Nickel»: diez centavos. «Dime»: cinco centavos. < <

[2] BMT: Brooklyn Manhattan Transit, una de las tres líneas de Metro que recorren Nueva York. Las otras son la IND (Indepepdent) y la IRT (Interborough Rapid Transit). < <